el corno emplumado the
plumed horn el corno e
mplumado the plumed h
orn el corno emplumado
the plumed horn el corn
o emplumado the plume
d horn el corno emplum

AGUSTI BARTRA

MARSIAS & ADILA

el corno emplumado

número 4 ● octubre 1962

the plumed horn

number 4 ● october 1962

UNA REVISTA DE LA CIUDAD DE MÉXICO

editores:
sergio mondragón
margaret randall

Poesía, prosa, cartas en español e inglés, arte. Toda correspondencia diríjase al Apartado Postal No. 26546, México 13, D. F. Originales que no se publiquen no serán devueltos si no se acompañan de timbre y sobre. Los derechos regresan a los autores 30 días después de la publicación. EL CORNO EMPLUMADO se distribuye en América Latina, Estados Unidos, Canadá, Inglaterra, Escocia y Francia.

A MAGAZINE FROM MEXICO CITY

editors:
sergio mondragón
margaret randall

Poetry, prose, letters in english and spanish, artwork. All correspondence should be addressed to Apartado Postal No. 26546, México 13, D. F. Manuscripts not accompanied by stamped envelope will not be returned. Al rights revert to authors 30 days after publication THE PLUMED HORN is distributed in Latin America, the United States, Canada, England, Scotland and France.

NOTA DE LOS EDITORES

Agustí Bartra es de los poetas que creen que, afortunadamente para la obra, la vida responde por la poesía. En este sentido puede decirse que todas sus creaciones nacen de un espíritu y tienden palpitantemente a suscitar una conciencia precursora de una acción. Así, esta epopeya lírica que es *Marsias y Adila,* el poema de la guerra civil española, trasciende los límites de la trágica circunstancia de un pueblo para insertarse en lo universal, no solamente humano, sino cósmico.

Bartra nació en Barcelona, España, el 8 de noviembre de 1908. Adolescencia en Sabadell: soledad, vastas lecturas y naturaleza. Sus dos primeros libros se editan en catalán —idioma en que está escrita una parte de su obra— durante la guerra civil. Pasa un año en los frentes de la República Española, seis meses en los campos de concentración franceses de Argelés y Agde, y en enero de 1940 embarca para América junto con su esposa Anna. Vive en México desde hace veinte años. Una beca de la Fundación Guggenheim, en 1948, le permitió vivir dos años en los Estados Unidos, dedicado a la obra creadora. En 1961 una tercera beca de la misma Fundación lo lleva nuevamente a ese país, donde, en Yale, escribe una buena parte de *Marsias y Adila* y reúne material para *El Canto del Hombre,* intento de antología de la poesía universal. Luego, el otoño pasado, viaja por Bélgica, Francia, Italia y Grecia.

Elinor Randall, la traductora de este poema, ha hecho su trabajo con verdadera dedicación y amor. Su afinidad espiritual con la obra del poeta ha contribuido a que su traslado, fiel y bello, haya sido más un fervor que una tarea. Entre sus principales traducciones figuran *Odiseo* y *Cristo de 200,000 brazos,* y la novela *Mosén Millán* de Ramón Sender, publicada en 1960 en Nueva York por la Editorial "Las Américas".

Entre las obras principales de Agustí Bartra figuran: *L'evangeli del vent* (Costa-Amic, editor), *Odiseo* (Fondo de Cultura Económica), *Cristo de 200,000 brazos* (Editorial Novaro, S. A.), *Quetzalcoatl* (Fondo de Cultura Económica) y *Deméter* (Universidad Veracruzana). Traducciones: *Antología de la poesía norteamericana, Primeros libros proféticos,* de William Blake, y *Poemas,* de Apollinaire.

EL CORNO EMPLUMADO, al cumplir con este número un año de vida, entrega este poema —que es a la vez su primer libro— como una contribución a la fraternidad entre los hombres, haciendo suyas las palabras del propio Bartra: "¿Qué dice el más profundo sueño? Sólo esto: ¡Despertad!"

EDITOR'S NOTE

Agustí Bartra is undoubtedly one of the great living talents in Spanish literature, a pen which has given us more than a dozen profound and optimistic works in a vast variety of media — poetry, prose, theatre, essay. Bartra was born in Barcelona, Spain, November 8th, 1908. A great deal of reading and experience with nature marked his adolescence in Sabadell. His first two published works were in Catalan, his native tongue. During the Spanish Civil war he spent a year fighting on the Republican front, followed by six months in the French concentration camps of Argeles and Agde (from which experiences later emerged his novel, *Cristo de 200,000 brazos*). In January of 1940 Bartra and his wife, Anna, sailed for the new world, and they have made their home in Mexico for the past twenty years.

Three grants from the Guggenheim Foundation brought the Bartras to the United States in 1948, 1949 and 1961. He will return to America in the spring of 1963 for a series of lectures as a guest of the Institute of Contemporary Arts of Washington, D. C.

Marsias y Adila is his most recent and masterwork, much of it written while at Yale University last year. Other major works include *L'evangeli del vent* (Costa-Amic), *Odiseo* (Fondo de Cultura Economica), *Cristo de 200,000 brazos* (Novaro-México, S. A.), *Quetzalcoatl* (Fondo de Cultura Económica) and *Deméter* (Universidad Veracruzana). He has translated several volumes of North American poetry, and the University of Mexico recently brought out his translation of poetry of William Blake titled *Primeros Libros Proféticos.*

Elinor Randall, translator of this poem, lives in Albuquerque, New Mexico. She has translated other works of Bartra including *Odiseo* and *Cristo de 200,000 brazos.* She was the translator of *Requiem for a Spanish Peasant* by Ramon Sender, published by Las Americas, New York City.

The editors of THE PLUMED HORN offer *Marsias y Adila,* number four of the magazine, as their first book. Number five will again appear as a magazine, devoted to small anthologies of new creative efforts from Mexico, the United States, Argentina and Uruguay, and illustrated by drawings from the strange and mysterious pre-columbian codices.

AGUSTI BARTRA

MARSIAS
y
ADILA

EDICIONES EL CORNO EMPLUMADO

MEXICO 1962

A ANNA

¡Oh tinieblas, mi luz!

SÓFOCLES (Ayax, 394)

1

LA ANTORCHA

V I V A Q U E

Junto a los oscuros caballos, alguien grita: "¡Marsias llevará la antorcha encendida!"

Oscilan
jarcias
astrales
sobre el campamento de muertas hogueras.

La luna
trueca
espigas
por bayonetas
y se tiende bajo los cruzados fusiles.

Esto es la noche: callar después de los antiguos sueños tiroteados, velar cerca de las postreras coronas de las cenizas, llevar las mismas frías máscaras de relente, temer los cuervos de la cercana bandera del alba, ¡y tanta abierta vida de astros en los inmóviles ojos!

"¡Tú, Marsias!"
Lentamente alzado de su silencio,
sonríe. . .
Rostros oscuros.
Sonríe.
Canta un gallo.

Rosas de viento
en el harapo
de luz sangrienta...

"¡Que prosiga el canto nuevo,
camaradas!"

Y, brusco, Marsias
salta
sobre el caballo...

EL INCENDIO DE LAS MIESES

Sueltas las riendas, curvado en la silla,
Marsias galopa en la noche insurgente,
por la llanura de quietos trigales
donde las sombras bruscamente aclaman
su antorcha de ciprés.

Es único el camino de su estrella,
es única la tierra violada
que se abraza a un desastre sin alondras.
La ofensiva remece, en lontananza,
sus tambores dormidos.

¡Oh galopar, coronado de fuego,
como un gigante de extasiado viento!
Invadir noche, espolear distancia...
Cascos y tierra sordamente ritman
con su hondo corazón.

Embriaguez del galope —árboles, vado,
tiempo atorbellinado, ave lacustre,
lomas de dulce rostro, juncos, lodos...
Cabalgar las futuras albas vivas
y álamos de recuerdos.

Los grillos cantan, relincha el caballo,
¡y el mismo muro de estrellas, delante!
Pero no advierte, en su rauda carrera,
que a cuestas lleva una jiba de luna
y lejanos ladridos.

Enarbola la luz, él que fue oscuro,
el tenaz resplandor de las alianzas.
¡Besa, noche, esa herida alborozada!
Al pie de la ladera, arrodillado,
llora un ángel de harina.

¡Alta la antorcha, hidra de amapola
hacia el temblor de las mieses unánimes!
La crin augura el acto fulgurante.
¡Alta la llama, risa de sibila
en los nómadas aires!

¡Oh fuego, oh boca viva del espíritu,
verbo y metamorfosis de la vida:
hinca en los flancos fríos de la sombra
tus veloces colmillos, y haz que sangre
lo innúmero dormido. . .!

Lanza la antorcha. . . Y el viento levanta
sus brazos de ebrio manchados de vino
que borrarán la albura de los astros.
¡Nace la llama: espantajo de ira
con veste de centellas!

En cohortes efímeras, el fuego
avanza y se consume en sus asaltos:
multiplicado hoplita de sí mismo
que muere en la alegría colorada
de las lanzas iguales. . .

En el alcor se ha detenido Marsias.
Para calmar dolor de espiga, canta,
mirando al este. . . ¡Ay! ¿dónde la luz
manchada de aves?
                    Brillan las axilas
de abejas de la aurora. . .

CANTO DE MARSIAS

¡Oh sol, lágrima roja
rodeada de espinas,
en mí canta la vida,
el corazón del hombre!
Y en el canto que instaura, ¡oh eterna tierra, escucha
el ritmo de mi voz de arboledas en marcha!

Ya ascienden las bandadas
que trazan en el rostro
transparente del aire
la sonrisa profética.
Por las foscas laderas del tiempo desangrado
avanzan lentamente las yuntas del destino.

Envuelto en horizonte,
mis visiones propago
desde el alerta abeto
hasta la rosa náutica.
Fabuloso, atravieso territorios de génesis...
¡Oh solares estirpes de irisados pastores!

¡Visión de henchidas velas,
pueblo de paz y arados,
patria de altas espumas
y cantantes raíces:
tus luminosas manos de sal manchada de alba
alzaban en los aires una épica de remos...!

Tus cimas vigilaban
las verdes lontananzas,
dormían arrulladas
por un ritmo de mástiles.
Y el legendario beso de tus núbiles hachas
bajaba hacia la flor del espumoso almendro.

Yo te evoco, ¡oh matrona
de senos oreados!,

como una garba de oro
rodeada de olivos.
A tu rasgado lino todavía convocas
entreveradas sombras de laurel y delfines.

Por aires combatido,
en la almena de mi alma,
soy alto centinela
de garbino y retama.
Y en mi espera ando siglos de marmóreas palomas,
guiado por un hilo de sangriento clarín.

¡Oh sol, lágrima roja
rodeada de espinas,
en mí canta la vida,
el corazón del hombre!
Y en el canto que instaura, ¡oh eterna tierra, escucha
el ritmo de mi voz de arboledas en marcha!

Me han ungido la frente
los soles del combate,
me han rozado las hondas
de musgo de la muerte,
y en súbitas auroras que olían a doncella,
mi aliento germinal abrió sus ígneos surcos.

¡Oh retorno de orígenes!
Las telúricas madres
tejían en el viento
la figura de Hispania...
Como sereno nómada siempre en pos de mis brazos,
guardo en mi corazón el óvalo del júbilo.

Heraldos de pistilo
anuncian la llegada
de los puros enjambres
de las nuevas estrellas...
Las formas capitales se despeñan al grito
de las insomnes águilas que entran en el espíritu—

el secular idilio
de torsos en la hierba,
el celo de las olas
entre muslos de dunas,

las bodas instantáneas de la espuma y la roca,
la danza colectiva en torno a los almiares;

el gallo áureo del sol
en las jarcias del tiempo,
el linaje del viento
en las velas maduras,
el futuro a horcajadas en los hombros del yunque,
las maternas estatuas, las profundas cenizas...

Pero llegan los días
de las hordas atroces,
de los arcos hundidos
y del cetro de esparto.
Y, unánime, la luz se abalanza en aludes
de bocas, pechos, rayos y sangres consteladas.

Los fieles compañeros
de manta y cantimplora,
de balas y baladas,
soldados de la alondra,
desfilan silenciosos como una matutina
estrofa coronada de veletas floridas.

La muerte les tatúa
sus más bruscos murciélagos
y, lenta, los corona
con helados jazmines.
Por su alta gloria pugno con el canto a media asta,
y en la ronca garganta, la salva de un sollozo.

Caídos por la vida
como besos titánicos,
vivirán en el sílex
de las bocas libertas.
No el tambor de los montes para mis muertos pido:
porque mi fuego hereda sus memorias vernales.

¡Oh sol, lágrima roja
rodeada de espinas,
en mí canta la vida,
el corazón del hombre!
Y en el canto que instaura, ¡oh eterna tierra, escucha
el ritmo de mi voz de arboledas en marcha!

2

C O R O

¡Veo las ruinas del aire en las secas retamas, las estatuas mordidas por astros de hierro, el valor erguido junto al tambor del sollozo y el viento tragándose la espada de las soledades!

Pasan madres a enlutar almendros, se detienen aguas con estigmas de palomas y la hora muge como un toro incendiado... Pero ¿dónde palpitan los puros vigías crucificados en el arco iris?

¿Y dónde restalla el cósmico estupor de la bandera buscada por el dulcísimo rayo, mientras yazgo quieto junto al tabique de caña, escuchando el parto de la doncella loca en la sangrienta habitación?

La aurora es izada como la jaula que encerraba la cortada cabeza feudal; y yo, acuclillado y desnudo, espero la llegada del reino boreal, salpicado de besos y de las uvas fosforescentes de los ojos de los lobos, al tiempo que el silencio devora sus cicatrices y en mi flanco duerme un ciclón de acero.

Pero aún canto, ¡oh hermanos!, y corto el pan de la luz apoyándolo contra mi corazón, ante un cielo donde el sol se balancea como un ahorcado.

Yo, que leo en la altura el vuelo funeral de los cuervos y sepulto la derrota en mi lengua, sigo cantando con garganta de estopa para vosotros por encima de mi conciencia de encrucijada;

yo, el trágico humano de los pies teñidos de aurora y escriba crepuscular que lleva entre los hombros una lámpara moribunda, puedo

poner la mano sobre el corazón de la vida y dar testimonio de latidos;

y, acariciando con mi alma el futuro mástil en el tronco talado, en un día de velas caídas, me desollaré de pasado y daré a beber mi cuerpo a las norias sedientas.

Mientras tanto, yo, que ayer era joven como el sol y hoy llevo una corona de esponjas, he enterrado en los rugidos del invierno los solitarios marfiles.

3

EL PUENTE

I

El crepúsculo acerca a la angosta ventana
del antiguo molino
su enorme puño rojo...

Paz de la hora. Callan
los cinco.
¿Qué insidioso pasado
puede asediarlos?
Duerme en ellos la historia.
Los mira el ojo negro
de la quebrada muela...

La revuelta bandera
dormita en un rincón
como un hinchado perro
multicolor...

Marsias piensa:
"Afuera
el caballo
tiene
una larga
sombra azulada..."

Junto a la puerta abierta
monta la guardia

un centinela
de alta nostalgia
y madreselva.

Alberto de Orris sueña
y escribe:
"Pienso poco en la muerte...:
es como hierba helada
en el vientre...
Un pasado de barcas
adolescentes
baja por mi alma...
Entre las verdes y blancas doncellas
Nuria brillaba
como Deméter...
Esperanza y acción: ¡brazo de Marsias!..."

Pedro de Montesquiu
canta
como siempre, en voz queda,
una canción de fragua:

—Sobre el yunque de la luna
sueña mi negro martillo,
sueña que el buey de la fuerza
se ha trocado en golondrina...

La tarde se derrumba.
Ramón de Areo
descuelga
del blanco muro,
como una flor,
su corneta
donde agoniza el sol...

Marsias piensa:
"Afuera
el caballo
tiene
una larga
sombra negra..."

Y luego dice:
—¡Mañana atacaremos el puente!

II

El arco desplomóse como un potro en la doma,
y un surtidor de pájaros
se levantó en la orilla y voló hacia la nube...

El enemigo acecha,
entre claros olivos,
con sus ojos de acero
redondo y sin pupilas.

Ya asoman por las hierbas,
separados, los cinco.
De pronto los envuelve
un trino de fusiles...

¡Ay, sólo cuatro llegan
hasta los verdes pinos!

III

Entre gritos de su nombre
y pasmo de cielo en vilo,
lo tumbó el silbo del plomo
en las altas hierbas tibias.

La luz desgarró sus oros
y esparció todo su lino.
En cada uno de sus ojos
se durmió un temblor de dríade.

En cada uno de sus ojos,
de sus grandes ojos vivos,
hay un dulce parto atónito.
Corneta. Nube. Relincho.

En su derrumbado torso
se le constelaba el frío
de una luna de algodones
en un cielo de cuchillos.

Lobos. Jinetes en sombra,
almiares negros del siglo,

y un redoblar de tambores
entre musgos de sigilo...

¡Y arriba, la nube enorme,
que en una sirga dulcísima
entra, arponada de sol,
al puerto de sus pupilas!

Mundo de su frente. Halcones,
hoces blancas, potros, islas.
Heladas banderas.
                              ¡Oh
más nube, más nube henchida!

Madre de resurrecciones
contra la cal decisiva,
la nube en brazos lo toma,
desabrochado el corpiño...

La sangre ya no solloza
en el que vuelve a ser niño
mientras su boca de alondra
vuela hacia el seno ofrecido.

La inmensa madre lo arropa
con su cósmica sonrisa;
de su seno más redondo
mana leche de arco iris...

Una nana de la noche
viene en las olas del trigo.

IV

Con el herido en brazos
Marsias vuelve al molino.

Por el aire se ensancha
una risa de olivos.

4

LAS DONCELLAS

I

Y a la era llegaron las doncellas—

las altas y robustas
como solares mármoles,
las trémulas y esbeltas
como elegías de álamo,
las de voces de bronce
y caderas más anchas
que las viejas artesas,
las que eran perseguidas
por rumores de acacia,
las que reían como
el viento en la atalaya
y las de ojos lucientes
cual puño de cayado...

Puesta la mano izquierda
sobre el hombro de un niño,
Adila se acercaba
por los tilos...

Un centinela oscuro,
lejos, monta la guardia
frente al cambiante muro
de la agónica tarde.

Algunas mozas bailan
—entre violín y grillos—
con sus parejas de aire,
aire de roto idilio.

Las doncellas nostálgicas
solas ruedan y giran:
las mueven hondas savias
que en sus cuerpos vigilan.

Un centinela oscuro,
lejos, monta la guardia
con rostro de crepúsculo
y pies de agua enlunada.

Sobre la fría hierba
Adila se ha tendido.
Junto a sus pies se encienden
villorrios de luciólas...

Con rumor de fronda alta
por el viento mecida,
de la colina bajan
Marsias y sus amigos.

Tiene en su cara Adila
ojos amurallados.
Ruecas de sones hilan
imágenes en su alma.

Por el llano se acercan
cinco voces viriles...

II

Cuando cae la noche
llagada de linternas,
Marsias se tiende al lado
de Adila en la fragante
hierba mojada, y dice:

—Un rumor de abedules
en tu hombro se ha dormido.

Ella levanta un brazo
de silencio.

—Por tus trenzas ascienden
caracoles de luna.

Ella ofrece su mano
al anillo de orvallo
que le trae la brisa...

5

LA AMADA ES EL DIA

(EN EL VALLE)

Adila:

—Como una isla soy, Marsias, incendio y monte,
instrumento en que laten y dormitan las cosas. . .
Lo que no ven mis ojos lo conocen mis dedos.
Alguien dice *astro* y siento que dentro de mí brota
el frío nacimiento de una alta flor lejana;
el agua es una herida que canta su victoria
y el tiempo, una hora pura, es como una manzana
que pesa en mi regazo. . . ¡Oigo la sed
de los trémulos árboles!

Marsias:

Adila, tierra, amor. . .

Adila:

He sido noche, espera, gran llanura anegada,
el grito de pavor antes de la caída,
el dolor de la hora —ya ni viva ni muerta—
que aún agita sus alas en el corral del mundo
como el ave recién decapitada. . .
Mas también soy la casa tranquila de mi cuerpo,
en donde el corazón
es redil de recuerdos

que bajan de las cumbres de interiores montañas,
y soy la vasta estancia de mi alerta del mundo:
cuatro muros de sones,
con la red de mis venas
colgando, roja,
en el rincón del hacha,
y un gran techo de musgo. . .

Marsias:

Pero la luz impone sobre tu inmóvil rostro
sus máscaras de miel
y el crepúsculo besa la sombra de racimo
oscilante
que el arete derrama en tu floral mejilla.

Adila:

Las estrellas que nunca anidan en mis ojos
levantan en mi espíritu latitudes de ramo. . .
Mis manos han tocado fríos y largos remos,
arados cálidos,
el gran rostro del mar en las fragantes hierbas. . .

Marsias:

Eres el día, amada, el molde luminoso,
estatua de raudal en rayos detenida. . .

Adila:

El silencio me llega con mil cuellos de cisne. . .
Toda boca posible me murmura las sílabas
de la Madre dormida con las piernas abiertas. . .
Tal vez no haya silencio. . ., sino sólo el misterio
que trata de arrancarse sus coronas de piedra.

Marsias:

Como una rama dejo
sobre tus pies desnudos
el rumor del mar.

Adila:

Tu voz es sueño y ola,
Marsias. Pero yo sé. . . Todo mi cuerpo toca

lo que en imagen se alza y se transmuta.
¡Oh dulcemente intento ligar hondos sollozos
con vencejos de besos!
El canto de la alondra pone oriente en mi piel
y las esquilas cuelgan cercanías de luna
en mi garganta..
¡Ah, pero yo sé, Marsias...! Yo sé de quietas noches
en que la savia gime como una perra en celo
dormida en mi cintura...
Todo nombre es umbral. Si digo hiedra, Marsias,
un corazón de ciervo comienza a palpitar
en el pecho de un muro.
Toda horda brutal o delicia inefable
puede acampar en una provincia de mi cuerpo—
trueno, aullidos, rencores en mi lisa garganta,
aire de la retama en mis senos diurnos,
la trilla de los trinos en mis sueltos cabellos,
una lana de arrullos en mis despiertas manos...
Hay días que la muerte
viene con restallidos de podridas lianas,
o es huella de pezuña entre secas boñigas,
o la muda agorera con su cántaro negro
en la vieja carreta...
Y hay días que la vida
es como un viento anciano que agoniza tumbado
en la paja inclinada del techo de una choza;
pero otras veces es una vaca que muge
porque nadie ha ordeñado
sus doloridas ubres... ¡Me estás mirando, Marsias!
Habla. Tú eres el hombre. Un dios tiembla en el aire.

Marsias:

Sí, Adila, el hombre soy, el pedernal doliente,
el olivo nupcial donde anida el relámpago,
el padre de mi ira
y el hermano del sueño que a la luz lleva a cuestas.
El hombre soy, Adila, de torso de solsticio
y huesos mordidos de aurora.
De alegría florido y en libertad fundado,
más transparente soy si a más altura lloro,
y entro con risa de ascua en las cuevas del luto.
Hay astros. No estoy solo. Aurorales hermanos
sirgan mudos el sol. El hombre soy. Y canto.
Soy el que es heredado en sus últimas llamas

por los hijos del día que descuelgan del garfio
de los siglos la res sangrienta de la historia,
por los fieles del tiempo en quienes la esperanza
significa un futuro de muslos rutilantes
y un dulcísimo vientre de partos cereales...
Vivimos duras lunas. Ya germinan los besos
en los puños cerrados y la muerte ha marcado
con cruces de luciérnagas los campos condenados.
El ocaso ha caído como un ebrio labriego;
Cristo, ataviado de álamo, se ha perdido en la noche.
Rodeada de espigas, la leyenda de mi alma
humea como un buey debajo de la lluvia.
Las profecías marchan con el dolor al hombro
y envueltas en aromas forestales. Yo canto.
De amor me visto. Ardo. El hombre soy. El niño.

(LA ASCENSIÓN)

Marsias:

Veo la cumbre, Adila, y veo nuestra aurora
semejante a una niña que se acerca llevando
una haldada de uvas de colores...

Adila:

Oigo caer, muy lejos, los hilos de murmullos
de las eternas nieves,
y rozan mis tobillos
alfileres de briznas...

Marsias:

Hay en tu dulce rostro la soledad antigua
y un agua remansada con sonrisa de junco.

Adila:

Hijo del fuego, Marsias, anunciador del canto
después del gran sollozo que zahondó la boca
de la última campana...

Marsias:

Tu voz mis odios tala y apacigua mis sangres.
Ya mi brazo no sueña con la espada...

Adila:

No quiero ser soñada, ni morar como imagen
dentro de tus palabras...
Te escucho, Marsias; háblame con palabras de tierra.

Marsias:

Eres hermosa, Adila, como un glaciar cubierto
por ráfagas de espigas;
eres bella, mujer, como estatua de proa,
colgado peso puro de mojada cintura
y corona salina...
Amada, tu ternura me viste de burbujas,
y mi alegría ríe como acacia florida
o pico de candil en el rincón nupcial...
Debería callar, Adila: mis palabras
caen
como flores de plomo ...

Adila:

Tócame, Marsias, besa mi boca de cisterna
y mis ojos de páramo... Trepa por el eclipse
de mis venas nocturnas como azahar en olas,
haz que nazca en tu orilla de banderas y besos
y encadéname a tu garganta...

Marsias:

Mis dos manos se duermen
en tus senos de lámpara y gaviota,
y a tu oído murmuro mis temblores adánicos...
Te diré que eres mía como la roja arcilla
que, en la rueda del alfarero,
se transforma, danzando entre los ciegos dedos,
en el grávido signo de luz de la vasija...
Te diré: blanca novia de cristales de nieve,
relámpago de azúcar, mi criatura lluviosa,
deidad llena de lunas, campesina de púrpura,
cometa remecida cuyo hilo sostiene
un invisible niño...

Adila:

Hazme bajar, ovíllame...

Marsias:

Adila, soy caído viento:
dormiré como
un remo nuevo
en la ancha barca de tu nombre. . .

(Lejos se oye la voz de Pedro, cantando:)

—Hacia las radiantes cimas
ascienden Adila y Marsias.

Con su bieldo azul, la brisa
avienta rayos y pájaros.

La alondra lleva en el pico
una ramita de plata.

Por los cerros se desliza
una larga trenza de agua.

Hacia las radiantes cimas
ascienden Adila y Marsias.

En los boscosos declives
ruedan oseznos de niebla.

Un halcón lleva en el pico
una rama de oro y hielo.

Cornamentas de arco iris
fulgen en bosques secretos.

Hacia las radiantes cimas
ascienden Adila y Marsias.

El viento, entre los alisos,
se apea de su jadeo.

El hada de las esquilas
tiembla bajo los helechos.

Azulean los caminos
como las venas de un seno.

Hacia las radiantes cimas
Adila y Marsias ascienden.

Los espera una yacija
de luna, rocío y heno...

(EN LA CABAÑA)

—"Mi último grito núbil ha muerto en mi boca de arena esparcida...
Mi alma horizontal,
como los troncos de la cabaña...
¡Que el fuego que me dora los párpados me defienda de oscuros sollozos!

Toda árbol,
yo,
toda flanco,
cabellera
y amor...

¿Dónde están el ritmo ciego,
el miedo y el filo...? ¡Oh mi cuerpo de hoja tibia!
¡Cómo pesé tu cabeza, Marsias, en la balanza de mis hombros, mientras un eco de hacha se detenía en mi vientre!

Ahora
alianza
de mis senos
y el silencio...

Me duermo, desnuda proa de espuma, me estoy durmiendo en la cuna de una ola, en un mar de paja, y el cielo llueve sobre la sed de mi boca... Inmolada como la luna en el monte, por manos de dulce herrero... Se hunde un sol de musgo entre mis pechos, y la imagen de tu rostro se enfría en mis manos... Cierra la ventana a los mugidos de la noche...

Me estoy durmiendo,
floto,
me sumo...,
pienso en estrellas...,
sólo emergen
mis labios...,

mi inmensa boca,
barca
        encallada
                en el beso. . ."

—"Mis pensamientos rodean como lebreles tu desnudez y beben en tu cabellera de zarzal dormido.
Mi corazón aúlla a las lunas de tus senos y mi deseo canta la marea de oro de tu vientre donde brillan algas finales. . .
Soy el centinela de tu hermosura acostada,
la caña que inclina su lanza guardando la estrella vesperal que anida en el remanso.
Heme aquí en la vela de tu cuerpo sobreviviente, sumido en la contemplación de la magnitud de tu sal estelar,
¡oh mi invadida invasora, criatura en cuyo gemido dimitieron mis hierros!
Mi alma te trae cangilones rebosantes de besos maduros,
sauces de aurora,
la savia estrellada que sufre en mi lengua. . .
Veo a mis ojos vagar por el largo exilio de tus muslos y piernas, y echarse, como sumisas bestias, entre tus dos pies. . .

Fuera, bajo la llovizna, aletean todos los árboles que sueñan contigo,
y la noche va ensartando los anillos de mi ternura. . .

Ya regresan a mí los sedientos lebreles,
pero mis ojos me están mirando aún desde su felicidad en ti,
y leo en ellos la eternidad de la vida,
la alegría de la tierra
y el garabato del tiempo. . ."

6

C O R O

Entre el quieto vasallaje de los helechos elevo un canto de génesis, ¡oh luz, mano que, llevando el sol y las estrellas, irrumpiste en el reino de los fríos!

¡Evoco los descensos, el miedo, los errantes desastres, el alud de los cinco dedos que suscitaron la llegada, el sonido y la ofrenda del ala,
la invasión de los retiros del caos, la corriente, el clamor de las aguas, la escala de obreros divinales, el asalto de las espumas,
el palpitar del dios como un furioso cisne aferrado en mi flanco,
y el comienzo, el lugar y la risa de pámpanos entre estigmas y símbolos, y el áureo destructor: el viento. . .!
Y el ave abrió después el cielo y cerró las montañas, y la primera luna entró en los ojos del fuego e hizo que la tiniebla se convirtiera en noche. . .

Luz que viene de la sonrisa del fango primigenio y crea la música en los ojos de las bestias y logra que todo se me acerque con paso enamorado:
el gran arco, los dardos de nebulosa, los bruscos puentes celestes con sus iris mortales, las mañanas alzando las mazorcas de sus ruecas, ¡y la mar ya despierta con sus sables de sal!

¡Oh luz más mía cuanto más alta! Mordiendo sus raíces, miro su falda de cálidas laderas y su garganta de harina, y desde lejos sigo el rastro de hosannas que sus pesadas trenzas dejan en la hoja inmensa del día. . .

De pronto, me descubro despierto y andando por una tierra nueva, calzado un pie con áureo coturno y el otro con abarca de estiércol.

Patria del amor y el sueño, ¡oh roja aurora del alma, claras colinas que surgen lentas entre el ser y la noche,
bajo la mirada del astro que agoniza en luz más vasta!
No, aún no la alta vela, rostro floral de la alegría, pero sí la esperanza, inclinado talayote de rocas oscuras, donde ala y grito alzaron un fúlgido vuelo de gaviota,
y la tristeza de nombres y lugares, la arable nostalgia, tierra abrazada al torso en donde la reja se atasca...

Dime, corazón, la infancia del astro en el ojo que recuerda lágrimas lentas y sombras largas segadas por el otoño.
¡Todo dolor tiene sauces! ¿Pero quién registra las horas yertas del mundo, los recuerdos que marchan con pasos de ceniza?
¿Y a quién llamaré, alma mía, al final de la angustia, cuando ni el aura ni el horizonte canten sus bodas en mis ojos?

¡Oh, sólo ser de mis brazos! Minero oscuro de mi sueño, clavo mi pico de esperanza en el filón áureo de mi infancia:
noches de yo conmigo, amante y profundo solitario, rico de los golpes que violan el ala, la espera y la estatua...
Pero el corazón, como el árbol, no emigra en la áspera jornada, sino que celebra, arrodillado, bajo la lluvia vernal,
a los sin rumbo, los ocultos padres puros vestidos de silencio, los grandes durmientes para quienes el mundo fue interrogación entre el deseo y la primavera.
Tierra son ellos, invisibles, y de ellos subimos un día a las estancias del ciclo, a los bosques efímeros de los nombres.
¡Canta el retorno, oh luz!

Unicamente en destino nos alzamos, como tú, ¡oh columna jónica, recto anhelo de gavilla y doncella,
hacia la doble voluta en que acaba el chorro de armonía —erguida Thanatos inmóvil...!

Levanta los ojos, ¡y mira!
Alto es ya el día en tu cielo, ¡oh espíritu, halcón de mi aurora!
Cierra en las cumbres tu círculo de asedio, y cae, maduro de espera, grito y alegría súbita hacia tu sombra terrestre,
mientras el martillo canta besando la sólida luz en el yunque profundo...

7

L U N A S

I

ANUNCIACIÓN

Y maduraron lunas...
En el cuerpo de Adila
ya despiertan presagios
de vela y fruta abierta...

II

EL ESTABLO

Sobre el heno está Adila, acostada en sosiego,
con la mano olvidada como un recuerdo antiguo
sobre su vientre hinchado, y la mirada fija
en el techo inclinado, donde un olor de estiércol
se encuentra con la sombra de una rama oscilante.
En un rincón oscuro, gotea un dulce hierro...

Ya descansa en el reino de las bestias dormidas
sobre colchones de ubres y de paja mojada,
en la paz de los vahos y las colas inmóviles
a las cuales se abrazan genitricios silencios.

Sonríe a su sonrisa. Y no ve que los astros
cuelgan de la ventana como uvas de nieve.
Sobre el heno fragante, debajo de su vientre,
está Adila durmiendo. La aurora traquetea
en su sangre que sueña. Paloma de calostro,
entra rauda la luna...

8

EL ABEDUL

"He silbado al caballo. . .
El relincho ahora y el eco del disparo a la vez: cometa de son contra mi rostro
El abedul dormido todavía la aurora el abedul cariátide de plumas trémulas
¿Es la aurora o el abedul que tiembla en la espera de mis ojos?
Seré bajado empiezo a manar inmóvil seré subido manar es nacer y morir la aurora el abedul
Mi abedul que oscila gira danza guedejas de niebla ciclón de espuma ¡Oh suelta tu plateada cabellera doncella! ¡Cántame aurora!

Alguien deja caer el viejo saco de manzanas de hierro sobre el talud de las oropéndolas y hay temblor de cielo
¡Canta mujer sonríe aurora toca con tu dedo de agua mi herida de hoja profunda! ¡Alzame hasta mi boca oh brisa que vienes de las proas! ¡Seré
Subido al holocausto de las cimas!
Seré dios de las semillas dios de la luz pastor de lunas desnudo adolescente entre toros
¡Nacedme río oh manantiales secretos! Seré
Bajado hasta mi corona de musgo
No ya no tiembla la aurora
ni el abedul

Convoco las últimas imágenes —mensajero rojo de la capa de lodo las aguas aplaudiendo de pie al Edipo ciego de los éxodos y los murciélagos blancos de las despedidas en torno al tronco que ya no tiembla

Silbo el interminable alfiler de la memoria dolorosa para la sombra del caballo ya viene ya se acerca mi agonía tendrá veinte pasos cuántos borbotones en el descenso de mi sangre destrenzada durante veinte pasos

¡Sacrifica un cuervo y una corola sobre el vientre del amante oh Sombría bajo el redondo vino del sol!

... sí el sol jauría roja en mi boca...
... mi sombra nace hija de la hierba...
... rodeada de la luz sus collares aplasta...
... sin tumba fija como Orfeo...
... cuerpo blanco oh espérame...
... tronco delicia tronco Adila desnuda...
... mis ojos te lanzan veloces hormigas...
... espérame forma de rocío de leche...
... oh lengua del potro del viento...
... sobre el pequeño yunque de tu sexo...
... pero tú eres la Tierra...
... porque tienes las rodillas negras...
... y la cabellera colgante del sí...
... y un seno nido de rayos...
... y el otro lámpara de yeso...
... sigo andando hueles a fábula...
... la muerte me parirá río...
... seré bajado...
... puro como la caída de una vela...
... último paso te toco te abrazo cantan...

Levanto la cabeza se abre el torbellino es como si estuviera dentro de un surtidor cantan algo canta chorros curvos como sables ramas de ojos verdes puertas de viento años de corteza espadas cristalinas mordidas de luz frutos de rostros cantan

No son pájaros sino trinos sollozantes de cielo herido
Iré cayendo lentamente abrazado al tronco y girando como giran arriba las imágenes y adentro rauda nostalgia de mis manos de la infancia que olían a hinojo
¡Oh cintura de árbol cadera de Adila rueda de mis recuerdos la música de los aires y el son de la campanita! Dónde
No viene no llega no veré al caballo nunca volveré a verlo porque mi conflagración está cerca Pero cantan

Oh el ojo de agua quieta con pestañas de abetos la mirada de mi madre o tal vez la de Adila

Madre mujer bandera caballo y el tintineo el sonido de la campánula digo de la campanita
El temblor de las campánulas de mi infancia como cien ojos azules en el muro
Y junto al pozo mi madre que me esperaba sonriendo
Madre con brazos de crepúsculo y cabellera de sauce cuando la arena cantaba en el viento y el mar lloraba en guirnaldas
Y ella entonces esbelta también cantaba en mi infancia de vendimias
Cantaba cuando la paloma picoteaba sol en la boca de las núbiles y las sendas vestíanse de retama y corrían en busca de las estrellas de mar
Más lejana suena ahora la campanita de la cabra gotear de un grifo mal cerrado
Araña de sol en la cara del agua mi cara
Por qué no ha disparado otra vez al ver que no caía
No viene nadie ni el caballo morimos solos cuántos instantes alciónicos me quedan oh árbol mojado con mi sangre que canta

La lejana pupila abre su infinito desove y abajo en la tierra oscura hombres hombres hombres cortando rebanadas de sol
Hombres en el camino de las Estatuas Ciegas hacia las rocas gemelas coronadas de águilas
Y la fuente trenza milenaria entre olivos y mármoles rotos
Y el halalí de los hermanos de la alianza en los bosques petrificados
Y en las tablas de hierro de la ley ordenábase que el manzano florido se detuviera en un pecho de rayos
Hombres hermanos míos rosales fraternos en el rocío en las tinieblas germinales y en la eyaculación sombría de los cañones
Bebíamos astros de cantimplora sonante y la nostalgia nos ponía una máscara de almiar
Y mientras la última gaviota llegaba con la Osa en el pico oscilando sobre el mar insomne sobre el muerto infinito
Se levantaban los cantos las antífonas unánimes

Veo iris que buscan sus arcos muerden sus prismas se desnudan de fulgores mineros
Quién besará mañana el diminuto corazón del junco
Sueño o bien me duermo las imágenes son taludes vivo luego recuerdo
Oh noches de sudor de piedra y el clandestino aceite con su flor de llama Esperanza
Oh días de la ira de los estandartes en la radiante orfandad de los cielos
Y la luz sí la luz era una manzana de diamante un largo cuchillo oculto en la nieve

Ser o no ser dice un eco

La conciencia ya no es un dolor que besa su cicatriz y el espíritu entra en la obediencia de la acción

Mi dialéctica es mi sangre que cae sobre la tierra

Morir dormir tal vez soñar

Viejas palabras vals de nata enfurecida

Que el idiota ciprés musite solo sus nocturnos rodeado de danzantes babosas negras

Yo amo al olivo que cree en la vida

Morir dormir

El antiguo mundo se derrite y tambalea como una manada de icebergs heridos en el vientre

El luto gime ladeando su cabeza de pira y una doncella ríe azotándose con flores de granito

En hombros de hierba quemada la rota columna avanza por abruptos senderos

Mientras la hora heroica se convierte en un adolescente roble de amianto que canta por innumerables bocas solares

Como arrodillado atlante que ya no sangra sigo en mi caída abrazada hundo mi rostro en tu falda de corteza madre que me tocas con una rama hojecida

Es dentro de ti tronco donde late mi corazón

Suelta Muerte tu cántaro de plomo Espera oh espera

Me deslizo por el hilo vibrante y luminoso de mi frío por la pura hebra que baja entre chorreantes trinos

Y oigo el solitario canto de la alondra que anuncia los himnos del día y proclama que todo surco ha sido una boda

Espera oh espera Muerte no llegaré a ti como un naranjo que tropieza con su carga roja a cuestas

Salto entre las rocas hecho aluzado chorro desemboco en la corriente que se hincha y arquea en la llanura

Cabalgo con mi luna nueva en el pecho en derechura a las vastas aguas envuelto en sudarios de niebla que huele a romero

Y de mis líquidas espuelas nace mi corcel que inmensamente se encabrita

Mis cabellos flotan en la escarcha del cielo se esparcen en el delta del silencio y levanto mi antorcha

Levanto mi antorcha mi rama florida de fuego oh Muerte que me heredas

Y siembro tu boca con mi llama y mi canto

Antes que me encierres con tus aguas abovedadas y me envuelvas con tu red de luz laberíntica

Buzo desnudo

Doy la lenta voltereta prenatal encogido en torno al silencioso corazón
y caigo abierto sobre el frondoso coral
Mis helados ojos ven aún la ascensión de los besos de mi boca el estallido arriba de las burbujas de mi canto..."

(El caballo llega al galope y se detiene junto al árbol, donde su sombra bruscamente se quiebra como una ola sobre el cuerpo inmóvil de Marsias, se levanta y vuelve a caer lentamente...)

9

C O R O

¡He aquí un canto de caídas, un ritual de descensos, para aquel que en verdad sólo puede ser nombrado por el silencio o la estrella, para el adalid de luz con rumor de heliotropo!

Aquí está un cuerpo de rayo vulnerado, aquí yace una sangrienta forma de ángel horizontal, una libertad talada, una vida, un hombre, un fulgor que entró en el beso para escalar la balada;

aquí está la tierra, que oculta su florecer de novias,
aquí están los hermanos, como mojados sacos de ceniza,
aquí está Adila la mujer, como un grito hecho peña, cambiándose el dolor de hombro.

Y aquí está mi voz de ágora trenzada con sílabas de esparto, mi ruiseñor de barro:
mi canto que ora avanza por mi alma con un ritmo de parihuelas, ora semeja un avión incendiado y resbalando por la mejilla del cielo de la guerra,
mi dolor hincado como un remo en la húmeda arena, junto a una barca varada.

¡Miradme, y oídnos —yo y mi voz salimos de la sombra de oro de este poema para entrar en el honor de las eras sociales,
donde me nublo, y me incorporo, y aprendo que la esperanza huele a axila de hierba,
y, arrancando mis manos de mi antigua lira, las ofrezco, telúricas y salinas, a los bosques arteriales del futuro!

No canto tu muerte, ¡oh Marsias!, sino tu sombra de granito fustigada
por las constelaciones —¡tu mito de torso estival!
Invadido de piedra lenta, ¡oh héroe de cenit abolido!, como la mañana
tu leyenda descenderá por los pasos escalares hacia los valles del corazón,
palpitará en las dunas de liso vientre y en las letras de rebaños que pacen en los llanos
y se levantará florecida de madreselvas de nieve.

De espaldas a las huestes del hexámetro, lejos del hemiciclo de mármol blanco de la Oda,
¡canto para ti contra la noche de los hombres, investido con las armas del mar y rodeado por un zumbido de colmenas federales!
Te busco y te encuentro en el sueño y en el espíritu, allí donde la sumisión de la máquina coincide con un mediodía de diosa de abiertas vestiduras;
en el diálogo del heno con la oscura montaña de ojos de fogata de la justicia;
en la máscara de oro del Guerrero micénico en que Istar se prendió para bajar a las sombras;
en las gigantescas lágrimas sentadas en las negras sillas de hierro del siglo,
y en la bandera socavada de gritos con que has sido envuelto...

He incendiado los blancos sauces de la memoria nostálgica. Ya no llora ninguna fuente. Un destino nace,
mientras avanzo por los reales bosques donde las aves ya anuncian que la noche retrocede, como Eurídice...

Más allá de los musgos perecederos, herida de Astro mi mejilla, con golpes de pan llamo a la puerta del alba.

10

LAS TRES CANCIONES

I

CANCION DEL VERDE SOLDADO

(Canta Alberto)

El sol y la luna
son ya dos tambores.
Mi azul fusil lleva
tres balas de polen.

En los claros aires
mi alma se atrinchera;
a mi flanco acuden
buitres de tiniebla.

Soy de mis auroras
el verde soldado
vestido de briznas
y de dura escarcha.

Ofensiva de auras,
obús de sollozo
y ciervos del fuego
mi añoranza acosan.

Con rostro de musgo
y ojos de jabelgue,

silbando a sus sauces
se acerca la muerte.

El sol y la luna
son ya dos halcones.
Mi azul fusil lleva
tres balas de polen.

La primera, madre,
irá dirigida
contra el espantajo
que sombras agita.

La segunda bala,
madre, será el ojo
que pondré en la frente
quemada del odio.

La tercera bala,
¡oh madre profunda!,
buscará el venero
de tu boca oculta.

¡Me asedian corolas,
nieblas me circundan,
me cruzan aromas
y me invaden lluvias!

El sol y la luna
ya son dos anillos.
Mi fusil florece.
¡Oh soy amarillo!

II

CANCION DEL GIGANTE, EL ANGEL Y LA CARRETA

(Canta Adila)

El gigante tonto
de las verdes algas
duerme entre las flores,
con viento en la cara.
Ron-orro-ron...

En el mar ya dormido —la gran luna teje—
zapatitos de lana.

Un ángel de escarcha
con alas de hierba
siembra en tu mirada
hormigas de sueño.
Ron-orro-ron...

¿Dónde va la carreta —que se oye en el camino—
trac, traque, traqueteando?

Cada noche llegan
a mis senos altos
goteantes sueños
de la Vía Láctea.

El gigante tonto
(Ron-orro-ron)
El ángel de escarcha
(Ron-orro-ron)
La negra carreta,
traque, traqueteando...

III

CANCION DE ARIELA

(Canta Ramón)

En la torre de mis hambres
pinté dorados racimos,
el astro de tu desnudo
y un plenilunio de harina.

Ariela, radiante huída,
¿te detuvo mi halalí?

En el umbral del ocaso,
entre el almendro y los bueyes,
de tu nostalgia se alzaba
una inclinada humareda.

Ariela, noria de abril,
mi anhelo rodaba en ti.

¡Oh virgen de las acacias,
volando en tu propia risa
hollabas el aire, ingrávida
pastora de golondrinas!

Ariela, yo te seguía
como la cola a la ardilla.

Cuando en tus senos dormía
una calma de cisternas,
tus pies, en el trébol frío,
se azulaban de luciérnagas.

Ariela, una vez subimos
a cumbres de beso y lino.

Te amaba hecho joven arce,
y te amaba hecho saúco,

cuando en tu falda brillaban
las granadas de la luz.

Ariela, fui el sol de estío
que separó tus rodillas.

Me esperabas en la duna...
Yo corría por la loma.
El cielo se colocaba
el hacha del sol al hombro.

Ariela, mi cierva herida,
tu rastro resplandecía.

En las noches estrelladas
de mi más profundo otoño,
el deseo me envolvía
con su capa de amapolas.

Ariela, boca en la brisa,
manabas por tu sonrisa.

Me conmovía mi sombra,
mi sombra antes aterida,
mi sombra que ya danzaba
con el cuerpo de la vida...

Ariela, sangrar querías
como las hondas vendimias.

11

C O R O

Diré primero la carreta junto a la era del álamo, con la lanza sin bueyes,
las macizas ruedas, los inclinados y gruesos adrales entre los que
se amontonaba el heno,
la gran carreta blanca de rocío y de luna,
irreal, pesada y concreta, como si siempre hubiese estado allí en una
noche que duraba milenios, abrumadora en su sencillez y mágica
en su irradiante presencia;

y luego la linterna moviéndose en las sombras como un puño de ra-
yos, la delgada silueta de la ayudadora, con su rostro mitad rojo,
mitad blanco, y su subida al heno, donde Adila gemía, con la
quilla del dolor dentro de su vientre...

Hundido estaba yo en la hierba y en mi alma, mientras cerca una mu-
jer como una vela rasgada, en su brega de luz, ofrecía su frente
a la tórrida corona y su pecho al ala salvaje,
abierta como un siglo de trigo,
como un agua roja de desembocadura,
como el sur y la siembra...
Hundido en la hierba, me preguntaba: "¿Es noche todo parto, y todo
nacimiento, día?",
mientras la linterna, en el suelo, palpitaba como el corazón del álamo.
Hundido en la hierba, con mis ojos de estrellas y el rumor del mar en
mi costado.

Diré que la noche olía a bueyes cansados, y la luna colgaba de mis
párpados, y la sombra del álamo se ovillaba a mis pies, y el jadeo
de Adila avanzaba como un topo hacia el grito final...

Y entonces me dormí, y soñé con el álamo: una verde y rumorosa hermosura semejante a un muchacho andariego, tocado con un gorro de nidos y muérdago, luciendo blusa de viento y cinturón de arco iris, una mano hundida en el bolsillo, donde guardaba sus tres bellotas-soles, y silbos de aves en los labios.

Y en mi visión el muchacho álamo se tendía a dormir en la cumbre de una montaña, y soñaba, y entonces era yo quien soñaba su sueño, y de mi boca salían sombras lanceadas de rayos, cuervos fosforescentes, mieses coralinas, lluvias guerreras, el Valle de los Espejos con sus casuchas de humeantes recuerdos, bosques, lunas, vientos, y de pronto se oía una oscura y lejana voz: "¡Siémbrame las tres bellotas en el vientre. . .!"

Y de las hierbas frías me levanto ahora que la voz de la madre canturrea: "El gigante tonto / de las verdes algas. . ." y, entre los olivos, brillan los ojos de las Mediterránidas.

Diré de nuevo la carreta en la que el sol martillea sus clavos de oro, y dire, más aún, la cabellera de Adila que, desde el adral, cae hasta la mitad de la rueda. . .

12

LA LUZ EN EL YUNQUE

(LOS ECOS)

Doblada por el hijo, Adila corre...

En la faz del silencio lloran todas las albas.
Lo que fue llama virgen es dura transparencia,
delirio de cristal, imagen y sepulcro
de un mismo brusco invierno que ha abrumado a la tierra
con jorobas estériles y yugos cenitales.
Un ángel de ceniza dormita sobre el último
tambor negro del miedo.

Clavadas en el hielo con las alas abiertas,
las águilas jalonan las desiertas llanuras
como heráldicas cifras de una crónica férrea.
Horizontales humos yacen en altas urnas
que las horas sostienen en hombros cardinales.
¡Se rindieron las savias! Los buitres de la guerra,
los halcones del odio, con sus picos araron
los flancos de la luz...

Por la llanura helada, Adila sueña vientos—

... el de cabeza azul
y alto cetro de espumas
que reina en las tendidas
y salobres ciudades
que cantan junto al mar

con su boca de mástiles,
el que sangra abrazado
a las negras veletas,
el que en la sombra huele
a jazmín y caballo
y el que azota el umbral
donde duermen los sueños
con estelares muérdagos,
la frase de oro hilado
de las mieses del verbo,
vertiginosos belfos
en los vados del alma,
el hálito profético,
la sombra que desciende
con un rumor de túnica,
el desnudo entre lanzas
de las lluvias iguales,
la cola de astro errante
que salta de la esquila
a la bandera grávida...

Adila llega al fin, con pies ensangrentados,
al último declive en cuyas soledades
pacen frío y recuerdo los rebaños inmóviles
del martirio del mundo...
En lo alto sin historia,
en el cielo sin años y sin lentas jaurías,
un viejo sol obeso bebe vinos difuntos
y, rodando dormido, cubre sus desnudeces
con un ala de buitre...

Con el hijo en sus brazos, Adila gime y cae...
En las cimas lejanas, impalpables jinetes
van en pos de las siete lunas de su dolor,
mientras el grito rueda hasta las lontananzas
que duermen acostadas junto a la puerta hundida
donde el tiempo colgó la ceguera del fuego.
En el valle sin astros, Adila es asaltada
por los ecos hirsutos —

"Cayó,
cayó,
cayó
en el mundo la hora de la fósil arruga...

Murió
el mar más luminoso, ataviado de lino,
y la diosa
enterró la hoz de oro de su eterna sonrisa
en la cal negra de su propia sombra..."

"¡Muros, oh muros
que guardarán los nombres de los erguidos mártires...!"

"Cayó,
        cayó,
                cayó
el hombre..."

"... Y vino
el festín de los buitres en la mesa del alba,
y vino
el poder de la garra sobre la verde espiga,
y vino
el llanto de las proas a los pies de los faros
de túnicas azules..."

"Pero las hierbas, ¡ay!, pero las hierbas,
las altas hierbas..."

"... Y una virgen gritó
sacándose del pecho un candil de luciérnagas:
—¡Uníos,
rocíos
de la noche del mundo...!"

".. Y el silencio era un monte de alondras degolladas..."

"... Y vinieron
las banderas de estiércol de las hordas de acero,
la tragedia se puso una capa de sarna
y en los campos feroces el dolor cosechaba
las patatas de hierro de millones de puños..."

"... Pero las hierbas, ¡ay!, pero las hierbas,
las altas hierbas.. "

Wer, wenn ich schriee...

"...Y una virgen gritó

sacándose del vientre una constelación
sangrante:
—Uníos..."

Se le vio...

"... La sombra bordaba antorchas,
los vientos hilaban filos
y ascendían las esponjas
hacia las bocas cosidas..."

... caminar entre fusiles...

"... Pero las hierbas, ¡ay!, las altas hierbas
exánimes yacían,
como los muertos héroes
cuyos eternos rictus
buscaban la solar
cifra de las raíces..."

"... Ovulación de esperas.
Noche. Luna. Hecatombes.
¡Las murallas hambrientas...!"

"... Los suburbios abrían
sus ojos de gasómetros,
y tras la rugidora
cetrería del cielo,
las ciudades soltaban
sus rojas cabelleras..."

"... La aurora se cortaba
las dalias de sus senos
bajo los negros puentes.
Los árboles leprosos
se revolcaban
sobre lustrales nieves..."

"... Pero las hierbas, ¡oh!, pero las altas hierbas
ocultaban el hacha que no duerme..."

"... Más allá de los nidos incendiados,
más allá de los tréboles sin frescura de aurora,
más allá del sonámbulo canto de las huídas,

más allá del montón de seco fiemo
donde un loco lanzó una encendida lámpara..."

"... Allí donde
el gran salto en el bosque terminaba en el coágulo;
allí donde
los brazos matinales eran ramas de furia
y cada rostro de hombre una inmóvil tormenta;
allí donde
la garganta del día se entregaba a la horrible
vejez del crisantemo,
empezó la ascensión..."

"... ¡Las primerizas llamas! ¡Los asaltos del hombre!
Canciones en las manos, y las bocas, armadas.
Hermanos en las dunas,
en las hojas del hierro,
en las velas secretas,
en la blanca crisálida
de las carlingas..."

"... Y las mujeres
llevando al sol en hombros,
desnudando a los árboles,
vistiendo al viento..."

"... Y los hombres
descubriendo sus torsos de yunque constelado,
lanzando contra el cielo sus risas boreales,
reivindicando el beso, el pájaro y el pan,
corriendo hasta allí donde la calma de las aguas
se lavaría el rostro con cielo..."

"... Y en una luz de Esquilo, los ojos de las madres
reflejaban la misma
gaviota muerta..."

EL OSO

Con Adila y el niño
en brazos, el oso
marcha hacia las cimas
radiantes y atónitas.

Lleva una capa pura
de lino y leyenda.
Su gran sombra hirsuta
alarga en el hielo

ritmos de campana
y de árboles ebrios.
Calla el viento, echado
como un perro inmenso.

Despierta está Adila.
En su blanca cara
brilla la sonrisa
que apaga sus lágrimas.

De su trenza cuelga
una flora gris
que regresa a tiempos
de gnomos y ondinas.

Un halcón se posa
en la cruz del aire.
Los ojos del oso
son dos bayas de alba.

Las bocas del eco,
cuando el oso gruñe,
a coro contestan
canciones de cuna.

Nieve. Nieve. Nieve.
Nieve toda lápida.
Tiempo todo cuerpo,
sol negro de lanzas.

Se levantan horcas
de lunares signos,
bosques de dolores,
laderas de gritos,

la Historia sin senos
y obesa de plomo,
la inmensa bandera
de la sangre anónima. . .

Adila reclina
la cabeza sobre
la suave piel tibia
del pecho del oso,

y, tranquilizada,
escucha un redoble
de verde esperanza,
un eco de montes,

de ternura ingente,
que vierte en su oído
certidumbres nuevas
de flor y destino...

En el horizonte,
el gran sol desnudo.
Un vuelo de alondras
se lleva su túnica.

Con sus dedos áureos
el gran sol sangriento
se tañe sus llagas,
vestido de viento.

Del conjuro y música
que llenan los aires,
las bestias del mundo
oyen la llamada—

por valles y sendas,
por bosques y atajos,
por luz y tinieblas,
por neblinas y aguas,

un bestiario avanza,
como inverso alud,
hacia los establos
de una nueva luz.

Fábula y balada
de zarpas y picos,
vahos transhumantes
y flancos hundidos,

erizadas sombras
de uñas y pelambres,
rampantes pavores,
cornamentas, alas

y humildes rebaños
en cuyas pupilas
despierta la imagen
de la golondrina,

marchan ascendiendo
detrás del gran oso
y hollando las sendas
de los sones órficos. . .

Titán fulminado,
hijo de la cima,
de ramas alado,
el Arbol se inclina

y lanza su sombra
de paterna anchura
hacia los dolores
que ascienden taludes. . .

El oso ve, arriba,
el gran tronco hueco
en donde se asila
el alma de fuego,

la llama de Marsias
en la última aurora—
centinela de ala
nupcial de la Noche.

Adila sonríe,
tendida en la hierba,
al fuego que brilla,
al niño que duerme

y a la sombra viva
del Oso en el viento. . .

COLOQUIO

Marsias:

Con ojos de vivaque, oh Adila, te he esperado...

Adila:

Y yo hacia ti vagaba con alforjas de vida,
cargada de raíces, plenilunio y espigas,
con la voz de Nausica dormida en la garganta,
doncella de tinieblas llena de claridades,
coronada de escarchas,
acatada a mi paso por los henos vivaces,
callada entre vendimias,
con la lluvia durmiendo apoyada en mis hombros,
vestida de ventanas
y las flores viniendo a beber luz solar
a mis abiertas manos...

Marsias:

Yo anidaba en la historia, respiraba en el rayo...

Adila:

Volaban en mis sueños las grávidas montañas,
un relincho de yegua acuchillaba sombras...
La alondra me anunciaba cuándo el alba caía
sobre los ríos como una virgen de paja...
Me iba al corazón como se va a los montes.
Mis muslos eran míticos, y mis senos, arables.

Marsias:

Con mi luz martillada yo llagaba los vientos
y extendía una sombra de futuros aleros...

Adila:

Yo horadaba mi noche
con linterna oscilante,
como una peregrina que, entre el pueblo divino,
conoce desde siempre al dios de sangre alada
que en ella hará morada para que cante el mundo,
y hacia él se precipita, en tumulto floral,

para que el caos ciego se detenga en el fruto...
Yo era la despierta a través del asombro
de los seres nocturnos cuyos ojos sin sueños,
abiertos un instante, reflejaban
el temblor de la llama que vivía en mi rostro.
Sobre un techo dormía, con las alas colgantes,
el ángel del rocío. Retrocedían árboles.
La guerra de las ranas en las pútridas charcas.
Las oscuras aldeas del antiguo dolor
acodadas encima de mesas de silencio...
Yo andaba por mi noche
con una lágrima y una sonrisa,
pasada la calleja en donde los recuerdos
ladraban a la ropa tendida del pasado,
más allá de las aguas donde inmóviles norias
semejaban mohosos esqueletos de soles,
hacia las rocas donde abriría la mano
a una bellota de astros... Escuchaba
la huída de las lunas abiertas de la leche
y rodaba a mis pies una canción de bayas.
Salía de los sueños y entraba en los latidos
cuando olía en el aire los caballos del humo,
y ofrecía mi pecho a las hojas con alba
donde se propagaba tu fabulosa risa...

Marsias:

Nombré a mi brazo hermano de mi espíritu.
En la balanza estaban la flor, la llamarada
y la anónima mano de uñas arrancadas
que aprieta el dado de oro...
Morí hincado en mi sangre para sellarme en todos.

Adila:

Me arrodillé en tu sombra florida de hombre vivo
y esperé que manaran las fuentes de tus flancos...
Inmemorial me hacía el ardiente deseo
que en ti sólo ascendía como vernal oleaje.
Grité bajo tu cuerpo la muerte de mis trenzas.
Socavaste. Canté. Mi sangre te heredaba.
Te heredaba la noche que yacía, calmada,
allá arriba..., durmiendo...,
con el sexo húmedo de astros...

Marsias:

La llama soy de las resurrecciones;
el dardo del retorno que eternamente vuela
atraviesa mi corazón...

Adila:

Fui red tendida al sol, vela, origen y surco...

Marsias:

Oigo...

Adila:

Soy la mujer. La madre. Soy la tierra.
La noche. Soy el seno. El dolor y la sangre.
La espera y el fulgor. Los odres del sollozo.
Yo conocí la luz, mas ahora la sueño...
Soy la cara del sol y el vientre de la luna.
Mi hijo duerme: yo me armo. Sonríe: yo amanezco.
Canto aguas. Corto vientos. Muerdo astros. Lloro sauces.
Soy la roja andariega, la eternidad que marcha
con incansables zuecos de cantantes arcillas...
En primavera sueño que mi verde sonrisa
me contempla desnuda desde las altas frondas,
y brillan en mis ojos diez mil años de bueyes,
y descubro mis senos de floridos almendros.
Me cierro: cuento espigas. Me abro: los horizontes
se encorvan bajo el peso de mis llenos costales.
Soy la noche que pare al día, acuclillada;
soy el alba que muere, mojada de calostro;
soy la tarde acostada a cuyos pies dormita
el perro de la luz que sueña en humaredas
meneando la cola...
No hay ovillos de tiempo en mis callosas manos,
besos de meteoros labran mis piedras negras
y oigo cómo la lluvia va escribiendo sus crónicas
en la danza lentísima de las dulces cortezas.
Soy la que calla abierta. Soy la vida, el misterio
al que acuden sumisas sombras de azules toros.
Poco sé del espíritu, esa llama-cariátide
que sostiene el temblor de la vasta tiniebla
donde anida la seca lunación de la muerte...
La mujer soy. La luz. La sombra que, de bruces,

en las ciudades bélicas, se cubre la cabeza
con temblorosas manos,
el silbido anhelante de la locomotora
que lentamente arrastra los vagones de lágrimas,
la desgarrada túnica donde el mito recuerda
que, entre el ciervo y la barca, legislaron olivos
y cantó la columna...
Soy mil ojos de hierba en la cara del agua.
La madre soy. La tierra. Sobre mí se ha dormido
el gran viento profundo —y todos los latidos
de su hondo corazón retumban en mi cuerpo
como frutos que caen...

Marsias:

...los nupciales abismos...

13

EL ALMA Y EL TITERE

El alma de Marsias
descendía como un ala oblicua que se extasiaba en un vuelo cuyos resplandores las nocturnas cimas recogían en sus irradiantes espejos de hielo negro —haces de lanzas diamantinas poblando un cielo donde expiraba el invierno de las estrellas, mientras abajo, en los bosques de los mitos, la última tormenta se acurrucaba debajo de un escudo de lluvia.

Descendía el alma,
hecha hoz y halcón-lúnula
de las distancias que penetraba como si fueran sueltas cabelleras de núbiles, con la amapola del sueño en la boca, rozando el torso de la Noche que, de bruces sobre la gélida blancura del mundo y del silencio, presentía el cántico de los senos rojos de las metamorfosis —ritos de purificación, meteoros, maternas aguas solares, abordaje de las auras en los puros promontorios, ángeles de espigas, árboles mesiánicos del devenir, las sangres y savias cíclicas —la Noche que no vive en Destino sino que palpita en existencia, abrazada a la rama donde cuelga la felicidad de los frutos antes de la inminente caída —salpicada de interjecciones de ola hendida por las triunfales proas de la luz —el Umbral que todo lo declinante traspone dejando atrás, sobre la fría piedra, la ofrenda del imposible retorno y los sueños que se hacinarán entre las cosechas de lo real.

Cayó suavemente a los pies de la Noche,
que levantó su coronada testa y, apartando el bosque trenzado de sus cabellos que le cubría la mitad de su rostro de dunas, lo miró sonriendo.

—Más allá —ordenó la dulce voz—. Pero bebe antes.

Y el alma roja
bebió del manantial, bajo la sombra de las arqueadas piernas de la Noche, hasta que su fuego, apaciguándose, se fue convirtiendo en luz, y recibió en su pecho las lágrimas que la Inmensa derramaba ya dormida, repitiendo: "Más allá. . ."

Y, erguida,
vadeó el Río, sobre un rumor de eternidades. . .

Y, en la otra orilla, siguió el camino de los álamos de la nostalgia y llegó al Valle de los Abedules, donde antaño sus ojos inocentes habían visto junto a la fuente a la alta mujer inmóvil que empuñaba la hoz del Dolor. . . Y cuando todavía el cielo pagaba a las oscuras hojas salarios de astros, atravesó imágenes serenas en un viento sonoro —corolas henchidas de lluvia, gavillas de la creación, el viento acurrucado bajo el esplendor del girasol, almiares, ventanas, martillos de los deseos, la paloma sobre el muslo de la doncella, la rebelión del sol en los espejos sin éxtasis — y

más allá del atajo de los erizos, encontróse con el niño muerto de la sonrisa inviolable, que lo acompañó en silencio, con los pies sangrando. . .

¿Para qué ir más allá del faro apagado? Nada sabía el niño de la fidelidad a la sombra que hacía tan invulnerable la inmovilidad cerrada del gigantesco vigía que ya no lanzaba al espacio sus luminosos brazos, allí, rodeado por el volar ciego de las aves de los años. . .

Miró el rostro del niño, y reconoció los rastros de las lágrimas que habían florecido en sus mejillas cuando los telares callaban y el crepúsculo moría en las alas de los súbditos murciélagos, allá en el suburbio, en el antaño de su corazón, a donde ahora regresaba, bajo el signo de la Nueva Estrella, y

se hundía en la turbia Calleja del Siglo, donde bostezaban cloacas y un farol acuchillaba los gatos helados de las sombras.

Y, de súbito, en el recodo de su nostalgia:
el resuello, el son y las bombillas de colores del carrusel *El eterno retorno,* la feria entre el muro lamentable, como un leproso sentado, y las polvorientas acacias de la estación apagada, el gigantesco Tuerto cargando con lágrimas de plomo las escopetas de la risa que se disparaban contra los huevos vacíos, las cornucopias de papel de estraza de la pobreza, el golpe del Forzudo que encendía, arriba, una lucecita roja, la noche

fabril tumbada entre chimeneas, como un idiota comiéndose un lirio, y el teatrito en donde

el
Títere
colgaba
de un hilo
inmóvil. . .

—¡Más allá!—
dijo también la gangosa vocecita.

Blusa roja,
gorra negra,
fijos ojos,
largas piernas,
brazos flojos,
¡cómo pende
de la Mano
invisible,
del tirón
de lo alto,
el títere
que Ecce Homo
se llama. . .!

Levanta un brazo y grita: —¡Más alláaaa. . .!
Levanta el otro y chilla: —¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

Ecce Homo
salta,
lanzado del oscuro escenario al suelo, donde queda engarbullado unos instantes e inmóvil, hasta que el hilo que comienza en el centro de la desmesura de su cuerpo, allí donde misteriosamente reside su espíritu danzante, da la orden de ascensión, simultánea a la voz que, levantándolo como un súbito caos, lo arranca de la ley de su inercia sin estrellas y lo lanza al sobresalto de su grotesca agitación pendular en el aire, a la espasmódica balanza de su equilibrio. . . ¿Es de una sombra o de un dios la irresistible atracción que lo atraviesa y aleja de la tierra? Y la voz, ¿crea en torno el espacio abierto para el juego sin raíces, o bien lo convierte en el atleta del dolor naciente entre las figuras del Amor y de la Muerte que lo esperan en la oscuridad?

Ecce
baila

inclinado hacia el lado del corazón, primero en el arco que escala su impulso y luego modelando la curva de su pesadez, creando

el escorpión
de su movimiento. . .

Ecce
    baila
        y nace. . .

Ruedas y peldaños
Llantos y banderas
Grises babilonias
Yugos de las horas
Huelgas de alas
Hombres Hombres Hombres
Sol cegado
Luna pútrida
Monedas y látigos
¿Dónde están la alondra
El caballo blanco
Y la siempreviva?
Manos Manos Manos
Las hadas del pan
mueren en los aires
Los trenes del luto
Atraviesan
Largos túneles
De coronas
Muros Muros Muros
Manos
Guerras

E C C E

se agiganta. . .

Marsias, tras él, escucha un himno de cordajes
tensado en una lira de purpúreo velamen,
el vuelo de las sagas detrás de las tormentas
y las épicas sirgas en nocturnas arenas.
Y en el aire sonoro que un día será el lecho
en donde nacerá el mesías del sol,
descifra el signo alado que busca la garganta
donde despertará la voz de un nuevo Homero. . .

Y, allende espacio y tiempo, ve las áureas bahías
donde la paz vigila sus rebaños de velas,
las puras atalayas de la gloria del hombre,
las viñas donde cuelgan los racimos del alma...
¡Qué canto de sibila el silbo de las quillas!
¡Se alzan dioses salobres! Se engendran nuevas razas
bajo el asentimiento de proas oscilantes,
y la risa del aura envuelve a las antorchas...

Ya sobre la tierra,
roto el hilo, hijo de su peso sin danza, sin centro, sólo sostenido
por el viento,
Ecce avanza,
sin destino,
sordo al sauce
y al río...

¡Capital del Dolor,
tan vulnerable sin la muralla del Canto! ¡Oh calvarios de niebla, y yermos de carbón, y avenidas con árboles en rígidas hileras, igual que pelotones de una infinita ejecución...! Ecce corre. Su sombra se adelanta. Y el final de la noche llega como una ebria ramera tambaleante que lleva un viejo abrigo de babosas de luna... ¡Oh hangares de la contemplación con nidos de campanas, albergue de las sombras de la Nada que roncan sobre los lisos bancos! En un escaparate, una lámpara se arrodilla junto al descuartizado maniquí que se llama Vida. Y, arriba, ¡el puente, el puente! ¿Qué muchedumbre espera, invisible, delante del eterno ascensor del beso? ¡Oh solitarios muelles con las sombrías grúas, como ibis dormidos, junto a las aguas muertas! Con banderas rasgadas, vertical, sube el último tren de los muertos sangrientos. Ecce cae, y la Historia le da un beso en la boca... Palpitar de astros: ¡Tiempo! ¡El puente trepidante, los cables de la fuerza, el arco del espíritu! Un perro se sacude las sombras de su pelo, lanza un corto ladrido y se mea en la luna que se pudre en un charco...

Una mohosa boca inmensa murmura:

"Oh Señor
de las palabras y de las lágrimas hiladas.
Oh Señor
que nos consuelas de nuestros mudos huesos...

—*No*

Oh Señor
que multiplicas las llagas y los jueces.
Oh Señor
en cuyo pecho duermen los glaciales ejércitos...

—No No

Oh Señor
que abres para nosotros tus ojos de suave radar
y tus manos de angélicos aeródromos...

—No No No

Oh Señor
en cuya boca ha muerto el decrépito trueno...

—Sí

Oh Señor
de nuestro miedo rodeado de colchones,
de nuestro dinero erizado de chimeneas,
de nuestras leyes cubiertas de caracoles,
de nuestra sangre llena de murciélagos,
de nuestra paz de arpas podridas:
sálvanos
del sol,
conserva nuestros lechos de gordos amenes,
no arranques
de nuestras lenguas los bueyes de la Eternidad..."

—No No No No No No No No No Muerte.
—Sí Sí Sí Sí Sí Sí Sí Sí Sí Parto.

Una doncella canta:

En angarillas rojas
se llevan a la Noche.
Un tren florido llega
a la estación Aurora...

Ecce, vivo, en el puente,
seguido de Argos...
¡Está sangrando el cielo!
Suena en el aire

azul el tintineo
de la campana
de una oscilante boya...
Ecce ya lleva,
posada en su hombro,
con las alas abiertas,
una gaviota.
Y tras él corre el perro,
levantada la cola,
alegre...

¡Marsias entra en el sol!

14

C O R O

Quien hondo canta no teme
la vejez de la palabra
ni es una sombra inclinada
ante las estalactitas
que lloran con gotas lentas
las siemprevivas del sueño,
el lino de un muerto antaño
y la imagen de salitre.
Quien de su sangre hace canto
levanta vuelo de halcones,
bielda la risa del sol
y besa el alma del hombre.

Quiero una voz que restalle
en el retamar del verbo,
voz como rueca de cobre
que pueda hilar la memoria
de cordilleras ancianas
y una lana de odiseas
donde resuene el martillo;
voz de galope y de rienda
por oscuras heredades,
el son que viene rodando
de las míticas laderas
y es patrimonio del dios
y del ciego de la esquina;
grito vernal que convoca
pueblos de errantes estatuas,

himno que canta a la tierra
con dulces gargantas de agua.
Quiero la voz que me funda
y que he ganado poniendo
tesón de buey en mi surco,
pagando a todas mis noches
salarios de estrellas arduas.
Sé que hay que cantar desnudo
y coronado de briznas
para que el alba levante
su torso de diosa ilesa
y la luz profunda escale
la doncellez de sus nieves.
Así, testigo lustral
en las torres de mi tiempo
selladas por la gaviota
en esta mi hora de estásimo,
daré mi voz a las olas
que, trocadas en mujeres,
quiebran sus anchas caderas
de sal en las rocas grises.
¡Por la acción purificadas,
avanzad, palabras mías,
cantad ligeras estrofas,
y sed, en la arena unánime,
mis coreutas incendiadas!
Ya la ciega Adila espera
su apoteosis de espuma;
y ya Marsias se impacienta
de pie en el umbral de su órbita...

Madre como luna errante,
Adila de paso incierto,
los aires te han amparado,
han sido tus lazarillos
rumores de aguas colgantes
y leves sones de esquila,
y en las noches de la angustia,
lejos de tus compañeros
y más cerca de tu niño,
sentías bajar del monte
los ángeles gigantescos,
los grandes vientos humildes
que te hacían una choza

con sus alas estrelladas
y para alejar el frío
convertían sus alientos
en vaho de buey dormido.

Madre cansada de huídas
entre la zarza y la flor,
entre el pájaro y el junco,
entre la piedra y las águilas,
los ventisqueros te amaban,
te contemplaban los puentes
con sus ojos derrotados
y el bramido de las ciervas
era un augurio de exilios.

Con los fieles camaradas,
los compañeros de Marsias,
de las cumbres descendiste,
de las majadas de niebla
y las rodelas lacustres,
las cadenas de los hielos
y el liquen de hombros rocosos;
y bajaste sostenida
—cuerpo de piedra en volandas,
enarbolado cansancio—
por puños de negra pólvora,
entre sudor de soldado
y aroma de abeto joven,
salpicada de luz verde
y de trinos pirenaicos.

De las alturas bajaste,
de las maderas aladas
y los astros forestales,
a la noche del olivo
junto al mar donde dormía
la barca de la esperanza,
bajo cuya vela hinchada
te esperaba tu agonía,
tu muerte en el plenilunio
que se hundía en el oeste...

Mi voz aquí no desgarro
para la muerta en el mar,

para mi Adila telúrica,
porque cuento más que canto,
y ni el grito ni el sollozo
son pastores de palabras.
Quiero acabar esta saga
sin haber roto las cuerdas
de mi profundo instrumento,
pero dejo que un temblor
delate a mi alma en sus notas
y que una lágrima brille
en este verso que entono.

Murió en la húmeda tabla,
diré de modo sencillo,
bajo el rumor de la vela
y entre el rítmico murmullo
de las olas sororales.
Tenía el rostro de estaño
inclinado hacia la borda,
su larga trenza aflojaban
dedos de escarcha salobre
y sobre sus pies caía
la sombra de flor del mástil.
Alberto, junto al timón,
era un sollozo agachado;
Pedro, interminablemente,
adujaba el mismo cable,
y, apoyado contra el árbol,
Ramón contemplaba a Adila,
mientras el niño, durmiendo,
sonreía entre sus brazos.

Al alba, Adila flotaba
envuelta en un repetido
sudario de espumas blancas. . .

Del corazón del mar donde
iridescente esperaba
como un clavado cuchillo
de estrellas y llama helada,
el alma de Marsias sube,
soñando, a los nuevos fríos,
venciendo peso de estatua
con tenaz afán de espiga

final y raíz nostálgica...
Ya vuela hendiendo espesores
de cardúmenes dormidos,
se iza por largas sogas
de azules fosforescencias,
sin ver los ojos totémicos
que fulguran en los lodos
ni los andantes de floras
que lo persiguen abriendo
relámpagos de abanicos.
En su ascensión de alborada,
como un ave meteórica
llega a los blancos andamios
de las urnas de la luz,
en donde puede ataviarse
de nupcial polen ardiente...

En el mar Adila flota,
seguida por sus cabellos
que se esparcen a flor de agua
como un fúlgido trofeo;
Marsias, tendido a su lado,
trueca su oro en lumbre viva,
forma solar que se ahusa
en metamorfosis de ascua.

En las lejanas orillas,
desnudas Mediterránidas
agitan ramas de olivo...

Ahora que han muerto han nacido,
diré de Adila y de Marsias
desde mi torre encendida,
se multiplican en labios,
y el viento, de fronda a espíritu,
en sus dos nombres insiste
por los espacios abiertos
y en las secretas rendijas.
Mi corazón los congrega
a un son de piedra llovida,
a un ritmo de ala de hierro,
a una luz de astro espinoso,
y aunque en rocosas espaldas
arde el signo de la bestia,

ambos vienen para todos —
Marsias con rumor de llama
y Adila con la azulada
golondrina del retorno. . .

14-III-1962

INDICE



AGUSTI BARTRA

MARSIAS
&
ADILA

Translation by ELINOR RANDALL

TO ANNA

Oh darkness, my light!

SOPHOCLES (Ajax, 394)

1

THE TORCH

BIVOUAC

Near the dark horses someone shouts: "Marsias will carry the lighted torch!"

Astral
halyards
quiver
above the camp of dead bonfires.

The moon
exchanges
wheat spears
for bayonets
and lies down under the crossed guns.

This is night: to be silent after old dreams of gunfire, to keep watch beside the last crowns of ashes, to wear the same cold masks of defiance, to fear the crows of dawn's near banner. And such an open life of stars in the unmoving eyes!

"You, Marsias!"
Slowly roused from his silence,
he smiles. .
Somber faces.
He smiles.
A rooster crows.

Wind roses
on the tatters
of bleeding light. . .

"Keep on singing the new song,
comrades!"

And Marsias
suddenly
leaps on the horse. . .

THE FLAMING WHEAT FIELDS

Curved over the saddle, reins slack,
Marsias gallops in the insurgent night
across the plain of quiet wheat fields
where shadows suddenly acclaim
his torch of cypress.

Singular the road of his star,
singular the violated earth
embracing a disaster free of larks.
The offensive swings, far off,
its dozing drums.

Oh to gallop, fire-crowned,
a giant of enraptured wind!
Invade the night, put spurs to distance. . .
Hoofs and earth keep muffled rhythm
with his great heart.

The tipsy galloping — trees, river ford,
swamp fowl and sweet-faced hillocks,
rushes, mud and whirlwind tempo. . .
To ride the future living dawns
and poplars of remembrance.

The crickets sing, the horse lets out a whinny,
and the same wall of stars ahead!
But in his racing gallop he overlooks
the hump of moon he carries on his back,
and the distant barking.

He who was dark now hoists the light,
the stubborn splendor of alliances.
Oh night, kiss this exhilarated wound!
Beside the hillside, kneeling,
a flour angel weeps.

Hold the torch high, a poppy hydra near
the quivering, unanimous ripe wheat!
The horse's mane predicts the shining action.
Lift the flame high, a sibyl's laughter
in the nomadic winds!

Oh fire, oh living mouth of spirit,
word and metamorphosis of life:
sink your swift fangs into the cold
flanks of shadow, and turn to blood
the countless drowsing thing. . .!

Hurl the torch. . . And the wind raises
its drunken wine-stained arms
that will erase the whiteness of the stars.
The flame is born: scarecrow of wrath
attired in sparks!

The fire, in ephemeral cohorts,
moves on and is consumed in its attacks:
multiple hoplite of itself
that dies in the red joy
of equal lances. . .

Marsias has paused on the hill.
To ease the sorrow of the wheat, he sings,
facing the East. . . Ay! where is the light,
bird-speckled?
                Dawn's axillas of bees
turn gold. . .

SONG OF MARSIAS

Oh sun, red tear
circled with thorns,
in me sings life,
the heart of man!
And in the founding song, oh earth eternal, hear
the rhythm of marching groves within my voice!

The flocks of birds fly upward,
tracing on the transparent
face of air
the prophetic smile.
On wooded slopes of time bled white,
the oxen of destiny plod slowly forward.

Wrapped in horizon
I spawn my visions
from vigilant spruce
to seaman's compass.
Fabulous, I cross the lands of genesis...
Oh solar lineage of irridescent shepherds!

Vision of wind-filled sails,
people of peace and plows,
land of high seafoam
and singing roots:
your shining hands of salt, dawn-stained,
lifted to the winds an epic of oars...!

Your mountain peaks stood watch
over green distances,
lulled to slumber
by a rhythm of masts.
And the legendary kiss of your nubile axes
came down upon the foamy almond blossom.

You I evoke,
oh oread-breasted matron,

a golden wheat sheaf
among olive trees.
You summon still to your torn linen
the mingled shadows of laurel and dolphin.

Embattled by winds
in the turret of my spirit,
I am the lofty sentinel
of southwest breeze and broom flower.
And in my waiting I walk centuries of marbled doves,
a thread of bleeding trumpet for my guide.

Oh sun, red tear
circled with thorns,
in me sings life,
the heart of man!
And in the founding song, oh earth eternal, hear
the rhythm of marching groves within my voice!

The suns of battle
have annointed my brow,
the mossy slings of death
have brushed against me,
and in the sudden virgin-scented dawns
my germinal breath cut igneous furrows.

Return of origins!
Telluric mothers
loomed in the wind
the figure of Hispania. . .
As a serene nomad ever behind my arms,
I keep the oval of rejoicing in my heart.

Pistil heralds
announce the coming
of pure swarms—
of new stars. . .
Capital forms plunge to the cry
of wakeful eagles entering the spirit —

the secular idyll
of torsos in the grass,
the waves in heat
between dune thighs,

prompt wedding of surf and rock,
collective dance around the haystacks;

the golden sun cock
in the halyards of time,
the wind's lineage
in ripened sails,
the future astride the anvil's shoulders,
maternal statues, ashes deep. . .

But days of brutal
hordes arrive,
of ruined arches
and matweed scepter.
Unanimous, light swings in avalanches
of mouths, breasts, rays and starry bloods.

Faithful companions
of canteen and blanket,
of bullets and ballads,
soldiers of the lark,
march silently as a morning stanza
crowned with weathervanes in blossom.

Death tattoos
her fleetest bats
and crowns them slowly
with frozen jasmine.
I fight for their high glory, song at half staff,
the salvo of a sob in my hoarse throat.

Fallen for life sake
like titan kisses,
they will live in the flint
of liberated mouths.
I ask not, for my dead, the mountain drum
because my fire inherits its vernal memories.

Oh sun, red tear
circled with thorns,
in me sings life,
the heart of man!
And in the founding song, oh earth eternal, hear
the rhythm of marching groves within my voice!

2

C H O R U S

I see air ruins in the dry broom, statues gnawed by iron stars, upright courage beside the drum of sobbing, and wind swallowing the sword of solitude!

Mothers go to drape the almond trees in mourning, waters detain their flowing with stigmas of doves, and the hour bellows like a burning bull. . . But where are the chaste guardians throbbing, the guardians crucified against the rainbow?

And where bursts the cosmic stupor of the flag sought by the very gentlest sunray, while I lie quietly beside the reed partition listening to the mad virgin giving birth in the bloody room?

Dawn is high-hoisted as the cage with the decapitated feudal head inside, and I, crouching and naked, await the coming of the boreal kingdom, spattered with kisses and the phosphorescent grapes of wolves' eyes, while the silence devours its scars and a steel cyclone slumbers on my flank.

But still I sing, oh brothers! and slice the bread of light, holding it against my heart, before a sky in which the sun swings like a man on the gallows.

I, who read the funeral flight of crows in the high regions and bury defeat in my tongue, keep singing my burlap-throat song for all of you, regardless of my crossroad consciousness;

I, the tragic human of dawn-tinged feet, the twilight scribe who carries

a dying lamp between his shoulders, can place my hand over the heart of life and testify to its beating;

and, caressing with my soul the future mast in the felled tree, on a day of furled sails, I'll flay the past from me and let my body slake the thirst of thirsty norias.

I, meanwhile, who yesterday was young as the sun and today wear a crown of sponges, have buried the solitary ivories in winter's roarings.

3

THE BRIDGE

I

Dusk brings its huge red fist down on
the narrow window
of the aged mill. . .

Peace of the hour. The five
are still.
What insidious past
is able to besiege them?
History sleeps in them.
The black eye of the broken millstone
is watching them. . .

The furled banner
dozes in a corner
like a bloated dog
of many colors. . .

Marsias thinks:
'The horse
outside
has
a long
bluish shadow. . .'

Next to the open door
a sentinel

of honeysuckle
and deep nostalgia
stands guard.

Alberto de Orris dreams
and writes:
'I seldom think of death. . . :
it is as frozen grass
on the belly. . .
A past
of adolescent ships
sails through my spirit. . .
Among the green and milk-white girls
Nuria shone
like Demeter. . .
Hope and action: Marsias' arm. . .!'

Pedro de Montesquiu
sings,
softly as ever,
a blacksmith's song:

—On the anvil of the moon
dreams my black hammer,
dreams that the ox of strength
has changed into a swallow. . .

The evening falls away.
Ramón de Areo
takes
from the white wall
where the sun is dying
his flower-like
trumpet. . .

Marsias thinks:
'The horse
outside
has
a long
black shadow. . .'

And then says:
"Tomorrow we attack the bridge!"

II

The arch collapsed like a colt in the taming,
and a fountain of birds
was flushed from the river bank...

The enemy lies in hiding
among pale olive trees,
its steel eyes round
and lacking pupils.

The scattered five
peer from the grass.
Quick rifle trills
envelope them...

Now only four
reach the green pines!

III

Between cries of his name
and the wonder of heaven,
the lead whistling felled him
in the tall warm grasses.

Light tore at her glitter
and scattered all her linen.
In each of his eyes
slept a dryad's tremor.

In each of his eyes,
his large and lively eyes,
lies a sweet astonished birth.
Bugle. Cloud. Whinny.

A cotton moon cold
in a knife-strewn sky
spread chills all over
his thrown-down body.

Wolves. Horsemen in shadow,
black haystacks of the times,

and a beating of drums
among the secret mosses...

The huge high cloud
harpooned by the sun
is towed so gently
to the port of his eyes.

World of his brow. Falcons,
white sickles, colts, islands.
Frozen banners.
Oh
more cloud, more swollen cloud!

Mother of resurrections
against decisive lime,
the cloud takes him in arms,
her blouse unfastened...

His blood no longer sobs;
he is a child again
and his lark mouth turns
to the proferred breast.

The great mother clothes him
with her cosmic smile;
out of her full round breast
flows rainbow milk...

A nighttime cradle song
comes in the waving wheat.

IV

With the wounded one in his arms,
Marsias returns to the mill.

Widening through the air
goes the olive tree's laughter.

4

THE PEASANT GIRLS

I

And they came to the threshing floor—

the tall and robust girls
like solar sculptures,
the tremulous and slender
like poplar elegies,
the brazen-voiced
and those with broader hips
than worn-out tubs,
the ones pursued
by whispers of acacia,
the girls who laughed
like wind in the turrets,
and those whose eyes shine bright
as the hilt of a shepherd's staff. . .

Her left hand resting
on a child's shoulder,
Adila was approaching
from among the lindens. . .

A gloomy sentinel,
remote, stands guard
before the changing wall
of dying evening.

Some girls are dancing
—to crickets and violin—
with their partners of air,
a broken-idyll air.

The nostalgic girls
whirl by themselves;
deep restless saps
are stirring them.

A gloomy sentinel,
remote, stands guard
with face of dusk
and feet of half-moon water.

Adila has lain down
in the cool grass.
Hamlets of fireflies
light up at her feet...

With the swish of high foliage
waving in the wind,
Marsias and his friends
come down the hill.

Adila's eyes
are barricaded.
Distaffs of sound
spin images in her soul.

Five virile voices
come over the plain...

II

When night descends,
ulcered with lights,
Marsias lies beside
Adila in the fragrant
wet grass, and says:

"A murmuring of birches
is sleeping on your shoulder."

She lifts an arm
of silence.

"Snails of moonlight
creep up your braids."

She offers her hand
to the ring of drizzle
brought by the breeze...

5

THE BELOVED IS DAY

(IN THE VALLEY)

Adila:

I am an island, Marsias, fire and mountain,
instrument on which things doze and pulsate...
What my eyes fail to see, my fingers know.
Someone says *star* and I feel sprouting in me
the cold birth of a tall far flower;
water is a wound that sings its victory,
and time —one simple hour— is an apple
fallen in my lap... I hear the thirst
of quivering trees!

Marsias:

Adila, earth, love...

Adila:

I have been night, a waiting, a great plain flooded,
the cry of terror before the fall,
the hour's pain —no longer dead nor living—
still fluttering its wings in the world's poultry yard
as does the recently beheaded foul...
But I am, too, the tranquil habitation of my body
where the heart
is a sheepfold of memories

descending from the crests of inner mountains;
I am the vast abiding place of my world-watching:
four walls of sounds,
the network of my veins
suspended, red,
in the corner where the ax is,
and a great moss roof...

Marsias:

But light imposes on your quiet face
its honey masks,
and twilight kisses the shadow of the swinging
bunch of grapes
your earring scattered on your flowered cheek.

Adila:

The stars that never use my eyes for nests
have in my thought the spread of branches...
My hands have touched the long cool oars,
the tepid plows,
the sea's great face upon sweet-smelling grasses...

Marsias:

You are the day, beloved, the shining form,
a surging statue in halted sunrays.

Adila:

A thousand swan necks reach me on the silence...
Every mouth possible tells me in whispers
about the Mother sleeping with her legs apart...
Perhaps there is no silence..., only the mystery
that tries to tear away its crowns of stone.

Marsias:

As a branch I leave
on your bare feet
the ocean's whisper.

Adila:

Your voice is dream and wave,
Marsias. But I know.. All of my body touches

what rises up in image and is changed.
How gently I try to bind deep sobs
with cords of kisses!
The song of the lark puts sunrise on my skin,
and cattle bells hang moon proximity
on my soft throat.
Ah but I know, Marsias...! I know from quiet nights
in which the sap bays like a bitch in heat
asleep beside my waist...
Each name is a threshold. If I say *ivy,* Marsias,
a heart of a deer begins to palpitate
in a wall's breast.
Each cruel horde or unutterable pleasure
can make its habitation in a province of my body—
thunder, howls and animosity on my smooth throat,
an essence of broom on my diurnal breasts,
a threshing of trills in my loose hair,
a fleece of lullabies I hold in restless hands...
There are some days when death comes crackling
with dry decayed lianas;
either it is a hoof print in the dessicated cow dung,
or the dumb diviner with her black jug
in the dilapidated wagon...
And there are days when life
resembles an old wind that dies
on the slanting straw of a hut's roof;
but other times it is a cow that moos
for lack of anybody emptying
its painful udders... You are looking at me, Marsias!
Speak. You are man. A god is trembling on the air.

Marsias:

Indeed, Adila, I am man, the aching flint,
the nuptial olive tree where lightning nests,
the father of my wrath
and brother of the dream that carries the light upon him.
I am the man, Adila, whose torso is solstitial,
whose bones the sunrise gnaws on.
Flowered with joy and grounded in liberty, I am
the more transparent the higher I shed my tears.
I bring my ember laughter into the caves of mourning.
There are stars and I am not alone. Brothers of dawn
tow the sun mutely. I am man. I sing.
I am the one inherited in its last flames

by children of the day who take from the hook
of centuries the bloody beast of history,
by all the faithful of the times in whom hope means
a future of sparkling thighs,
a gentlest belly of full-grain births...
Hard moons we suffer. And kisses germinate
in tight-closed fists, and death has marked
with glowworm crosses the fields condemned.
The sunset has fallen like a drunken peasant;
adorned in poplar, Christ was lost in the night.
Amid the wheat the legend of my spirit
steams like an ox under the rains.
Prophesies march on, weighed down by grief
and wrapped in forestal aromas. I sing.
I clothe myself in love. I burn. Man I am. And child.

(THE ASCENT)

Marsias:

I see the crest, Adila, and see our dawn as a small girl
coming with a skirtful of colored grapes...

Adila:

Far, far away I hear the fall of whispering threads
of the eternal snows,
and filaments of grass blades
graze my ankles...

Marsias:

An ancient solitude is in your gentle face,
and quiet water smiling with rushes.

Adila:

Marsias, offspring of fire, proclaimer of the song
after the great sob that dug the mouth
of the last bell...

Marsias:

Your voice cuts down my hates and pacifies my blood.
My arm no longer dreams of swords...

Adila:

I'd rather not be dreamed, not dwell
within your words as image...
I'm listening to you, Marsias; speak earthy words to me.

Marsias:

Your loveliness, Adila, is as a glacier covered
by gusts of wheat;
your beauty, woman, is a ship's figurehead:
a weight suspended, chaste, wet-waisted
and crowned with salt...
Your tenderness, beloved, clothes me in bubbles and
my happiness is laughing like the blossoming acacia
or the beak of an oil lamp in the nuptial corner...
I need not talk, Adila: my words
are falling
as leaden flowers fall...

Adila:

Touch me, Marsias; kiss my cistern mouth
and waste land eyes... Climb by the eclipse
of my nocturnal veins like billows of orange blossoms;
make me to be born upon your shore of flags and kisses,
and chain me to your throat...

Marsias:

My two hands are sleeping
on your breasts of lamp and seagull,
and in your ear I whisper my Adamic tremors...
I tell you you are mine as is the reddish clay
which, on the potter's wheel,
transforms itself, dancing among blind fingers
in the lustrous sign of he bowl...
I say to you: white bride of the snow crystals,
sugar lightning, my rainy child, my
moon-filled deity, peasant in purple,
a swinging kite whose string is held
by an invisible boy...

Adila:

Make me descend, make me curl up...

Marsias:

Adila, I am fallen wind:
I shall sleep
like a new-made oar
on the broad-beamed craft of your name...

(The distant voice of Pedro, singing:)

"To the shining mountain peaks
climb Marsias and Adila.

The breeze, with its blue flail,
is winnowing birds and sunrays.

The lark hold in its bill
a silver twig.

A long, long braid of water
slithers among the hills.

To the shining mountain peaks
climb Marsias and Adila.

Bear cubs of mist roll down
the wooded hillsides.

A hawk holds in its bill
a branch of gold and ice.

Horns of the rainbow shine
in secret forests.

To the shining mountain peaks
climb Marsias and Adila.

The wind among the alders
alights from its panting.

The fairy of the cow bells
shivers under the ferns.

The roads are turning blue
as the veins of a breast.

To the shining mountain peaks
climb Adila and Marsias.

A moonlit bed of dew and hay
is waiting for them..."

(IN THE CABIN)

—"My final nubile cry has perished on my lips of scattered sand...
My soul is horizontal
as the cabin logs...
Let the fire that gilds my eyelids keep the dark sobbing from me!

All trees,
I;
All flanks,
hair
and love...

Where are the blind cadences,
the dread, the cutting edge...? Oh my leaf-warm body!
How I weighed your head, Marsias, in the scales of my shoulders, while the ax's echo tarried on my belly!

Now
my breasts
in league
with silence...

I fall asleep, a naked prow of seafoam; I am sleeping in the cradle of a wave, on a straw sea, and the sky rains on my thirsty mouth... Immolated as the moon on the hillside, by the hands of a gentle blacksmith... A sun of moss is sinking between my breasts, and I hold the image of your face grown cold... Close the window — shut out the lowings of the night...

I am sleeping,
I float,
I sink...,

I think of stars...,
only my lips
emerge,

my giant mouth
a boat
      run aground
                  on the kiss. . ."

—"My thoughts surround your nakedness like greyhounds, go to your drowsy bramble hair to drink.
My heart bays at the moons of your breasts, and my desire sings your golden belly's tide where final algae glisten. . .
I am the sentinel of your prone beauty,
the reed that bends its lance to guard the evening star nesting in quiet backwater.
Here I am on watch by your surviving body, reflecting on the vastness of your stellar salt,
oh my invaded invader, child whose moanings burst my irons!
My spirit brings you bucketfuls of ripened kisses,
overflowing, willows of dawn;
the starry sap that suffers on my tongue. . .
I see my eyes roam over the long exile of your legs and thighs, and then lie down, like humble animals, between your feet. . .

Outside, under the drizzle, each tree that dreams of you is fluttering,
and night is linking together the rings of my tenderness. . .

The thirsty greyhounds are coming back,
but my own eyes are still observing me from their delight in you; in them I read the endlessness of life, the happiness of earth
and the hook of time. . ."

6

CHORUS

Amid the ferns' mute servitude I lift a song of genesis, oh light,
hand that, taking the sun and stars, invaded the kingdom of cold!

I call forth fear, descents, errant disasters, the five finger avalanche that sparked the wing's approach, its sound and offering,
the invasion of retreats of chaos, the current, the rush of waters, the ladder of celestial workers, the
surf's assault, the throbbing of the god as a furious and headstrong swan against my flank;
and the beginning, the place and laughter of young vine shoots among stigmas and symbols; and wind, the golden scourge. . .!
The bird, then, opened the sky and closed the mountains, and the neophyte moon entered the eyes of fire and caused the darkness to become night. . .

Light from the smile of primordial ooze, making music in the eyes of beasts and channeling all things to me with loving footsteps: the great arch, darts of the nebula, sudden celestial bridges with their mortal rainbows, mornings holding high the spindles of their distaffs, and the sea already restless with its cutlasses of salt!

Oh light, the higher you are the more my own! Gnawing your roots, I watch your tepid slopes, your throat of flour, and follow from afar the trail of praise your heavy braids leave on the immense leaf of day. . .

Suddenly I find myself awake and walking through a primeval land, a golden buskin on one foot, a sandal of dung on the other.

Homeland of love and dream, oh red day-birth of spirit, pale hills emerging slowly between the night and being, under the gaze of the star that dies in a light more vast!

No, not yet the lofty sail, the floral face of joy; but hope indeed, a leaning tower built of somber rocks where wing and cry flushed a bright flight of seagulls,

and the sadness of names and places, the arable nostalgia, earth clinging to the torso in which the plowshare is held fast...

Tell me, my heart, about the childhood of the star reflected in the eye recalling the slow tears and lengthened shadows sown by Autumn.

All grief has willows! But who records the rigid hours of the world, the memories that march with ashen footsteps?

And whom shall I call, my soul, at the end of anguish when neither gentle breeze nor horizon sing their nuptials in my eyes?

Oh to belong only to my arms! Dark miner of my dream, I plunge my pick of hope in the golden lode of my youth: nights of me alone with myself, great solitary one and lover, rich from the blows that violate the wing, the statue, the waiting...

Yet the heart, as the tree, does not depart in the hard day's march but, kneeling under the vernal rain, praises the aimless ones, the pure and occult fathers robed in silence; praises the great slumberers for whom the world was a question mark between desire and Spring.

The earth is these, invisible; from them we climbed, one day, to cyclic dwellings, to the ephemeral forests of names.

Sing the return, oh light!

We rise only in destiny, as you, Ionic column, vertical desire of virgin and wheat sheaf,

toward the double volute where ends the spurt of harmony-unmoving and erect Thanatos...!

Lift up your eyes, and look!

High is the day in your sky, oh spirit, my sunrise falcon!

Complete your circle of siege on the mountains. And fall, mature from the wait, the cry and sudden joy, toward your terrestrial shadow, while the hammer sings as it kisses the solid light upon the profound anvil...

7

MOONS

I

ANNUNCIATION

And moons grew ripe. . .
Now prophesies
of sail and open fruit
awaken in Adila's body. . .

II

THE STABLE

Adila is resting quietly on the hay.
Her hand, forgotten as an ancient memory,
lies on her swollen belly; her eyes are fastened
to the sloping roof where an odor of manure
runs up against the shadow of a swaying bough.
In a dark corner a ductile iron tool distils a whisper. . .

She finds rest in the kingdom of beasts
sleeping on mattresses of udders and wet straw,
in the peace of steaming hides and quiet tails
to which the silence of genesis clings.

She smiles at her smile. And fails to see the stars
that hang from the window like grapes of snow.
On the sweet-smelling hay, beneath her belly,
Adila is sleeping. Dawn clatters in
her dreaming blood. Dove of colostrum,
the moon comes in swiftly. . .

8

THE BIRCH TREE

"I've whistled to the horse...
The neighing now together with the echo of the shot: comet of sound against my face
The birch still sleeping sunrise the cariatide birch with feathers quivering
Is it the birch or sunrise trembling in the waiting of my eyes?
I will be lowered I start to quietly flow I will be lifted high to flow is to be born and die the dawn the birch
My birch that quivers whirls dances long tresses of fog cyclone of seafoam Let down your silvered hair girls! Sing me the dawn!

Someone drops the old sack of iron apples on the slope of orioles and the heavens shudder
Sing woman smile dawn touch with your water finger my deep leaf-wound! Lift me to my mouth oh breeze that comes from the prows! I will be
Lifted to the holocaust of mountain crests!
I will be a god of seeds a god of light a shepherd of moons a naked adolescent among bulls
Make me born a river oh secret springs! I will be
Brought low until I reach my crown of moss
No longer trembles dawn
or birch

I summon final images — red messenger with cape of mud standing waters applauding the blind Oedipus of exoduses and white farewell bats around the trunk no longer trembling

I whistle the interminable pin of painful memory to the horse's shadow now it comes now it is near my agony will take twenty paces what torrents in the descent of my unbraided blood during those twenty paces

Sacrifice a crow and a corolla on the lover's belly oh Somber Woman under the round wine of the sun!

...yes the sun red pack of hounds in my mouth..
...my shadow is born daughter to the grass...
...fenced in by light and crushing its necklaces...
...without a fixed grave like Orpheus...
...white body oh wait for me...
...trunk delight trunk Adila naked...
...my eyes throw you swift ants...
...wait for me form of milky dew...
...oh tongue of the wind colt...
...on the small anvil of your sex...
...but you are Earth...
...because you have black knees...
...and hair a suspended affirmation...
...one breast a nest of sunlight...
...the other a plaster lamp...
...I keep on walking you smell of legend...
...death will bear me a river...
...I will be lowered...
...pure as the fall of a sail...
...the last step I touch you I embrace you they sing...

I raise my head the whirlwind opens it is as if I were inside a fountain they sing something sings jets of water curved like sabres green-eyed boughs gates of wind years of bark crystalline swords bitten by light fruits of faces sing

They are not birds but sobbing trills from a wounded sky
I will fall slowly clinging to the tree trunk and revolving as the images revolve high overhead and inside a swift nostalgia of my boyhood hands that smelled of fennel
Oh tree's waist Adila's hip wheel of my memories aerial music and the sound of the little bell! Where
It doesn't come it doesn't reach me nor will I ever see the horse never again will I see it for my conflagration is near But they sing

Oh the eye of still water with hemlock lids my mother's glance or maybe Adila's

Mother woman banner horse and the tinkle the sound of the bellflower I mean the cow bell
The trembling bellflowers of my childhood like a hundred blue eyes on the wall
And my mother waiting for me at the well and smiling
Mother wtih sunset arms and willow hair when the sand sang in the wind and the sea wept in garlands
And she then slender also sang in my vintages childhood
She sang when the dove pecked sun on the mouths of the nubile ones and the paths were dressed in broom and ran to look for the sea stars
Now the little goat bell is tinkling farther away a leaky faucet dripping
Sun spider on the face of water my face
Why didn't he shoot again when he saw I failed to fall
Nobody comes not even the horse we die alone how many halcyon instants do I have left oh tree wet with my singing blood

The distant pupil opens its infinite spawning and on the earth below dark men men men cutting slices of **sun**
Men on the road of the Blind Statues bound for twin cliffs eagle-crowned
And the fountain a millenial braid among the olive trees and broken marble sculptures
And the *halalí* of the covenant brothers in petrified forests
And on the iron tablets of the law it was decreed that the flowering apple tree be halted on a breast of sunrays
My brothers men fraternal rose bushes in the dews of germinal dusk and the somber ejaculation of cannons
We drank stars from the clinking canteen and nostalgia masked our faces with haystacks
And as the last seagull was flying toward us with the Bear in its beak wheeling over the sleepless sea over infinite death
Unanimous antiphonies lifted their songs

I see colors looking for their rainbow biting their prisms shedding their miner's splendors
Who will kiss the rush's tiny heart tomorrow
I dream or rather sleep the images are hillsides I live therefore remember
Oh nights of stony sweat clandestine oil with its flower of flame Hope
Oh days of the banners' wrath in the heavens' shining orphanage
And light yes light was a diamond apple a long knife hidden in the snow

To be or not to be says an echo
No longer is consciousness a pain kissing its scar and spirit enters the obedience of action
My dialectic is my blood spilling over the earth
To die to sleep perchance to dream
Old words waltz of enfuriated cream
Let the idiotic cypress mutter its nocturnes alone surrounded by black dancing slugs
I love the olive tree that believes in life
To die to sleep
The old world thaws and staggers like a herd of icebergs belly-wounded
Bereavement moans as it shakes its funeral pyre head and a girl chuckles as she lashes herself with granite flowers
The broken column moves ahead on shoulders of scorched grass along the rugged pathways
While the heroic hour changes into an adolescent amianthine oak singing with countless solar mouths

As a kneeling atlas bleeding no longer I still cling to my embracing fall and bury my face in your skirt mother who touches me with a leafy branch
Inside your trunk is where my heart is beating
Death tip your leaden pitcher Wait oh wait
I am sliding down the vibrant shining thread of my coldness down the pure filament down-sliding among gushing trills
And I hear the lonely lark's announcing hymns of day proclaiming every furrow a wedding
Wait oh wait Death I will not come to you as an orange tree that stumbles its red burden
I leap among the rocks the way a light-filled stream of water does I flow in the current that swells and arches on the plain
With the new moon on my breast and wrapped in shrouds of mist smelling of rosemary I ride straight to the vast waters
And from my liquid spurs rises my charger immensely rearing
My hair floats on the sky's hoarfrost spreads out in the delta of silence and I hold my torch high
Hold high my torch my blossoming branch of fire Oh Death to whom I am bequeathed
I seed your mouth with my flame and my song
Before you enclose me in your vaulted waters and wrap me in your net of labryinthine light

As a naked diver
I turn the slow prenatal somersault huddled around the silent heart
and fall spread-eagled on the leafy coral
My frozen eyes still see the kisses ascending from my lips and the high gurgling of my song's bubbles . . ."

(The horse comes at a gallop and stops at the tree where its shadow suddenly breaks like a wave over Marsias' unmoving body, then rises and slowly falls again . . .)

9

CHORUS

Here is a song of falls, a ritual of descents, for he who in truth may only
be named by silence or the star, for the chieftain of light with a
sound of heliotrope!

Here is a body of wounded lightning, here lies the bloody form of a
recumbent angel, a felled freedom, a life, a man, a splendor that
entered the kiss to scale the ballad;

here is the earth that hides its bridal flowering;
here are brothers, like wet sacks of ashes;
here is Adila, woman of the craggy cry, changing her pain from shoulder
to shoulder.

And here is my agora voice entwined with syllables of matweed, my
nightingale of clay:
my song that now advances through my soul with a stretcher's rhythm,
now seems to be a plane afire and sliding down the cheek of battle
sky,
my pain planted as an oar in the wet sand beside a vessel run aground.

Look at me, and hear us — I and my voice have left the golden shadow
of this poem to enter the honor of social threshing floors
where I, beclouded and raised up, discover that hope gives off a scent of
grass axillas;
pulling my hands from my old lyre, I offer them, saline and telluric, to
the arterial forests of the future!

I do not sing your death, oh Marsias, I sing your granite shadow lashed by constellations — your sumer-torso legend!
Invaded by slow stone, oh hero of abolished zenith, as morning falls so will your myth descend by ladder rungs to the heart's valleys,
will palpitate on belly-silken dunes and in the letters of cattle grazing on the plains,
to rise again blooming with snow honeysuckles.

Turning my back on the hosts of the hexameter, far from the Ode's white marble hemicycle,
I sing for you against the night of men, endowed with weapons of the sea and circled by a buzzing sound of federal hives!

I look for you and find you in dream and spirit, out where mechanical submission is one with a noon of open-garment goddesses;
in the dialogue between the hay and the dark mountain whose eyes blaze justice;
in the Mycenic Warrior's golden mask to which clung Ishtar for her plunge to the shadowy regions;
in the gigantic tears seated on the black iron chairs of the times,
and in the flag, dug up with cries, that you were wrapped in...

I burned the white willows of nostalgic memory. No longer does a single fountain weep. A destiny is born
as I move on through real woods where birds already are announcing night's retreat, like Euridice...

Beyond the perishable mosses, my cheek Star-wounded, I knock on the door of dawn with loaves of bread.

10

THREE SONGS

I

SONG OF THE GREEN SOLDIER

(Alberto sings)

The sun and moon
are now two drums.
My blue gun is loaded
with three pollen bullets.

My soul's intrenched
in the cloudless air;
vultures of darkness
flock to my side.

I'm the green soldier
of all my dawns
dressed in grass blades
and crusty frost.

A zephir offensive,
a howitzer sobbing,
and crows of fire
harass my woe.

With face of moss
and eyes of whitewash,

whistling to her willows
Death comes near.

The sun and moon
are now two falcons.
My blue gun is loaded
with three pollen bullets.

The first one, Mother,
will shoot straight for
the gawky scarecrow
that ruffles the shadows.

The second one, Mother,
will be the eye
I'll put in the middle
of hate's burnt brow.

The third pollen bullet,
mysterious Mother,
will seek the spring
of your hidden mouth.

Besieged by corollas,
enclosed by mists,
aromas cross my path
and the rains pour down!

The sun and moon
are now two rings.
My gun is sprouting.
Oh—I'm all yellow!

II

SONG OF THE GIANT, THE ANGEL AND THE WAGON

(Adila sings)

The foolish giant
of green seaweed
sleeps in the flowers,
the wind on his face.
Ron-orro-ron . . .

On the dozing sea — the big moon is knitting —
little woolen booties.

A hoarfrost angel
with wings of grass
scatters dream ants
in your glance.
Ron-orro-ron . . .

Where goes the wagon — you can hear it on the road —
clat, clattery, clattering?

Each night there come
to my high breasts
trickling dreams
from the Milky Way.

The foolish giant
(Ron-orro-ron)
The frosty angel
(Ron-orro-ron)
The black wagon
(Clat-clattery-clat)

III

ARIELA'S SONG

(Ramón sings)

On the tower of my hungers
I painted golden grapes,
the star of your nakedness
and a full floury moon.

Ariela, shining flight,
Did my *halalí* detain you?

On the doorsill of the West,
among the almond trees and oxen,
a drifting wisp of smoke arose
from your longing to go home.

Ariela, April's noria,
in you my ardor turned.

Mild virgin of the acacias,
flying in your own laughter
you trod the breeze so lightly,
oh shepherdess of swallows!

I followed you, Ariela,
as the squirrel's tail the squirrel.

When a quietness of cisterns
was sleeping on your breasts,
your feet, in the cool clover,
turned blue with fireflies.

One day we climbed, Ariela,
to crests of kiss and linen.

I loved you as an alder
and as a maple sapling,

when pomegranates made of light
were shining in your skirt.

I was the midsummer sun
that spread your knees apart.

You waited for me on the dune. . .
I raced along the hillside.
The sky lay hold of the sun-ax
and put it on its shoulder.

Ariela, my doe so wounded,
your face was glistening.

In nights of my deeps Autumn
brightened by starlight,
my yearning for you wrapped me
in its cape of poppies.

Ariela, mouth on the breezes,
you flowed out of your smile.

My shadow made me restless,
my shadow once so frozen,
my shadow dancing now
with the body of life. . .

You wished to bleed, Ariela,
like copious vintages.

11

C H O R U S

First I will tell about the wagon next to the threshing floor of the poplar — its pole bare of oxen, its massive wheels, its heavy leaning side boards between which the hay piled up,
the great wagon white with dew and moonlight,
unreal, concrete and ponderous, as if it had always been there in a night milleniums long, overwhelming in its simplicity and magic in its pale-glowing presence;

and then the lantern moving in the shadows like a fistful of rays; the helper's slender silhouette with her face half white, half red. And her climb to the top of the hay where Adila lay groaning, the keel of pain in her belly. . .

As for me, I was sunk in the grass and in my soul, while not far away a woman with the apperance of a torn sail, in her struggle of light, was offering her brow to the torrid crown and her breast to the savage wing,
open as a century of wheat,
as a red mouth outpouring,
as the South and the seedtime. . .
Sunk in the grass, I wondered: 'Is night all birth-giving, and is day all birth?'
while the lantern on the ground flickered to the rhythm of the poplar's heartbeat.
Sunk in the grass, my eyes star-filled and the sea's murmur in my side.

I will tell about the night smelling of weary oxen, and the moon hanging from my eyelids, and the poplar's shadow curled up at my feet,

and Adila's panting inching forward, mole-like, toward the final scream...

And then I fell asleep and dreamed about the poplar: a green and mumbling beauty resembling a restless youth wearing a cap of bird's nests and mistletoe, a shining blouse of wind, a rainbow belt, one hand thrust deep in the pocket where his three acorn suns were kept, and bird calls on his lips.

And I dreamed that the boy-poplar lay down to sleep on a mountain peak, and dreamed, and then it was I who was dreaming his dream, and out of my mouth came shadows pierced by sunrays, phosphorescent crows, coral wheat, warrior rains, The Valley of Mirrors with its hovels of smoking memories, woods, moons, winds, and suddenly the sound of a dark and distant voice: "Plant the three acorns in my belly...!"

And now I rise from the cool grasses where the mother's voice is softly singing: "The foolish giant / of green seaweed..." and the eyes of the Mediterraniads shine out of the olive trees.

Once again I will talk of the wagon on which the sun is hammering its golden nails,
and even tell about Adila's hair that falls over the side boards halfway down the wheel...

12

THE LIGHT ON THE ANVIL

(THE ECHOES)

Bent by the child, Adila runs. . .

On the face of silence all dawns weep.
What was virgin flame is hard transparency,
crystal delirium, image and tomb
of a same harsh winter that has crushed the earth
with sterile humps and zenith yokes of oxen.
An ashen angel dozes on the last
black drum of fear.

Nailed to the ice with wings outspread
the eagles stake the wilderness,
heraldic emblems of an iron chronicle.
The smoke lies horizontal on the lofty urns
held by the hours on cardinal shoulders.
The saps surrendered! Vultures of war,
falcons of hate tore at the flanks of light
with their beaks. . .

Over the frozen plain, Adila dreams winds—

> . . . the blue-headed one
> with high foam scepter
> who rules recumbent
> and salty cities
> singing beside the sea

with their mast-mouths,
the bleeding one who clings
to blackened weathercocks,
the one who in the shadow
smells of horse and jasmine,
and he who whips the doorsill
where dreams are slumbering
with starry mistletoe,
the golden phrase spun out
of the word's wheat fields,
the dizzy blubber-lips
in the soul's shallows,
prophetic breath,
the shadow plunging
with a swish of robes,
the naked one among the spears
of equal rains,
the tail of the nomadic star
leaping from cattle bell
to heavy banner...

Adila comes at last, with bleeding feet
to the final slope on whose expanses quiet flocks
are grazing on the memories and colds
of the world's martyrdom...
In the high regions without his
in skies with neither years nor sluggish hunting hounds,
and old fat sun drinks lifeless wines;
revolving, half asleep, it clothes its nakedness
with a vulture's wing...

Holding the child, Adila groans and falls...
Intangible horsemen on the remote mountain crests
give rapid chase to the seven moons of her sorrow
while her loud cry rolls off to the distances
that sleep reclining by the sunken gate
where time hung up the fire's blindness.
In the valley without stars, Adila is set upon
by bristling echoes—

"The hour of the fossil wrinkle
fell,
fell,
fell
on the world...

The sea, most luminous, decked out in linen,
died,
and the goddess
buried the golden scythe of her eternal smile
in the black lime of her own shadow..."

"Walls, oh walls
that will enclose the names of upright martyrs...!"

"Man
fell,
    fell,
        fell..."

"...and came
the vultures' banquet on dawn's dinner table,
and came
the claw's great power on the young green wheat,
and came
the prow's lament at the foot of blue-gowned
lighthouses..."

"But the grasses, ay! the grasses,
the tall grasses..."

"... And a virgin shouted,
taking a lamp of glowworms from her breast:
'Unite,
dews
of the world's night...!'"

"... And the silence was a mountain of beheaded larks..."

"... Then came
dung banners of the steely hordes,
and tragedy put on a mangy cape,
and from ferocious fields pain harvested
the iron potatoes of a million fists..."

"... But the grasses, ay! the grasses,
the tall grasses..."

Wer, wenn ich schriee...

"... And a virgin shouted,

taking a bleeding constellation
from her belly:
'Unite. . .' "

He was seen. . .

". . . The shadow embroidered torches,
the winds spun blades,
the sponges ascended
to sewn-up mouths. . ."

. . .to walk among the guns. . .

". . . But the grasses, ay! the tall grasses
lay spiritless
as dead heroes
whose endless grimaces
were seeking the solar
emblem of roots. . ."

". . . An ovulation of waiting.
Night. Moon. Hecatombs.
The famished walls. . .!"

". . . Suburbs opened
their gasometer eyes
after the roaring
falconry of the sky,
cities let down
their red hair. . ."

". . . Dawn cut
the dahlias of its breasts
under black bridges.
Leprous trees
were wallowing
in lustral snows. . ."

". . . But the grasses, ay! the tall grasses
concealed the ax that does not sleep. . ."

". . . Beyond the birds' nests set afire,
beyond the clover without dawn's freshness,
beyond the somnambulist song of flights,

beyond the pile of dry manure
in which a madman threw a lighted lamp. . ."

". . . Out where
the great leap in the woods ended in coagulation;
Out where
matutinal arms were boughs of fury
and every face of man a quiet storm;
out where
the throat of day surrendered to the horrible
old age of the chrysanthemum,
the ascent started. . ."

". . . The firstling flames! Assaults of man!
Songs in the hands and mouths, well armed.
Brothers on the dunes,
on the leaves of iron,
on the secret sails,
in the white chrysalis
of the pilot's cockpit. . ."

". . . And women
holding up the sun,
stripping the trees,
robing the wind. . ."

". . . And men
uncovering their starry anvil torsos,
hurling their boreal laughter at the sky,
recovering the kiss, the bird and bread,
running to where the waters' calm
would wash its face with sky. . ."

". . . And in an Aeschylus light, the mothers' eyes
reflected the same
dead seagull. . ."

THE BEAR

With Adila and her child
in arms, the bear is lumbering
toward the shining
and astonished summits.

It wears a pristine cape
of linen and legend.
Its huge and hairy shadow
grows long upon the ice

a cadence of bells
and drunken trees.
The wind lies still
as an enormous dog.

Adila is awake.
On her white face
sparkles the smile
that blots her tears.

From her braid hangs
a grayish flora
recalling the times
of gnomes and water sprites.

A falcon perches
on the cross of air.
The bear's two eyes
are two dawn berries.

When the bear grunts,
the echo's mouths
answer in chorus
with lullabies.

Snow. Snow. Snow.
All gravestones snow,
all bodies time,
sun black with lances.

Gallows of lunar
signs rise up,
forests of pain,
hillsides of screaming.

Breastless History
fat with lead,
enormous banner
of anonymous blood...

bristling shadows
of hoofs and hides,
rampant terrors,
horns and wings

and humble herds
whose eyes reflect
the image of
the flying swallow,

all march behind
the plodding bear,
treading the paths
of Orphean sounds...

Fulminated Titan,
son of the summits,
winged with branches
the Tree bends low

and throws its broad
paternal shadow
toward the griefs
that climb the slopes...

The bear, high up,
sees the hollow trunk
where shelter is given
to the fire soul,

the flame of Marsias
in the final dawn—
guard of the nuptial
wing of Night.

Lying in the grass,
Adila smiles at
the fire lighting
the sleeping child,

at the lively shadow
of the Bear on the wind...

COLLOQUY

Marsias:

With bivouac eyes, Adila, I've been waiting for you...

Adila:

And I was on my way to you with pouches of life
loaded with roots, full moon and wheat sprays,
the voice of Nausicaa asleep in my throat,
girl of the darkness filled with splendors,
crowned with frosts and revered, when I passed,
by the sprightly hay, so
silent between crops.
And the drowsy rain was at rest on my shoulders,
attired in windows,
and flowers coming to drink the solar light
from my open hands...

Marsias:

I built my nest in history, breathed in the sunray...

Adila:

Ponderous mountains flew in my dreams,
a mare's whinny slashed at the shadows...
The lark announced to me when dawn would fall
over the rivers like a virgin of straw...
I went to my heart as one goes to the hills.
My thighs were mythical, my breasts were arable.

Marsias:

I hurt the winds with my hammered light
and spread a shadow of future eaves...

Adila:

I bored into my night
with a flickering lamp
as a pilgrim woman who, among celestial people,
has always known the god of winged blood
who'll dwell in her so that the world may sing;
and she hurries to him, in floral tumult,

so that blind chaos pauses on the fruit...
I was the wakeful one through dread
of the nocturnal beings whose dreamless eyes,
open an instant, reflected
the trembling flame that lived upon my face.
With drooping wings the angel of the dew
slept on a roof. The trees drew back.
Battle of frogs in stagnant puddles.
Dark villages of old-time sorrow
leaning their elbows on silent tables...
I wandered through my night
weeping and smiling,
long gone the lane where memories barked
at the hanging laundry of the past,
beyond the waters where quiet norias
resembled mouldy skeletons of suns,
toward cliffs where I would bare my hand
to an acorn of stars... I listened to
the flight of open moons of milk
and a berry song was rolling at my feet.
When I smelled in the wind the horses of smoke
I left my dreams and entered the beating
and offered my breast to the leaves and sunrise
where the propagation of your fabled laugh...

Marsias:

I appointed my arm my spirit's brother.
The bloom, the sudden blaze were in the balance,
and the anonymous hand with torn-out nails
clutching the golden dice...
I died steeped in my blood to seal myself in all mankind.

Adila:

I kneeled upon your flowered shadow of living man
and waited for the fountain of your flanks to play...
The fierce desire that made me immemorial
in you surged up as a mere vernal sea wave.
I screamed my tresses' death under your body.
You dug deep down. I sang. My blood inherited you.
You were bequeathed to the night that lay so peacefully
up there..., sleeping...,
with the sex humid of stars...

Marsias:

I am the flame of resurrections;
the arrow of return that flies eternally
goes through my heart...

Adila:

I was a net spread to the sun, sail, origin and furrow...

Marsias:

I hear...

Adila:

I am woman. Mother. I am earth.
Night. I am breast. Blood and sorrow.
Waiting and splendor. Wineskins of sobbing.
I knew the light. But now I dream it...
I am the sun's face and the moon's belly.
My child is sleeping: I am armed. He smiles: I rise early.
I sing waters. I slice winds. I bite stars. I weep willows.
I am the red wanderer, eternity that marches
with plodding sabots of singing clay...
In Spring I dream that my green smile
observes me naked from the tall-grown foliage,
ten thousand years of oxen sparkle in my eyes
and I unclothe my flowering-almond breasts.
I shut myself: count the wheat spears. I open:
horizons bend under the weight of my full pouches.
I am the night that, squatting, bears the day;
I am the dawn that dies, wet from colostrum;
I am recumbent evening at whose feet
the dog of light that dreams of rising smoke is napping,
wagging its tail...
No tangled balls of time lie in my calloused hands.
Meteor kisses are carving my black stones
and I listen to how the rain is writing down its chronicles
in the slow slow dance of tender tree bark.
I am the open one who says no word. I am life,
the mystery to which flock humble shadows of blue bulls.
Little do I know of spirit, that cariatide-flame
bearing the weight of vast and trembling darkness
where nests the arid lunar month of death...
Woman I am. And light. The shadow that, flat-lying

on martial cities, covers its head
with quaking hands;
the eager whistle of the locomotive
that slowly hauls its cars of tears;
the torn tunic where the myth recalls,
between the stag and ship, that olive trees made laws
and the column sang. . .
I am a thousand grassy eyes on the face of water.
I am the mother. Earth. The strong high wind
has fallen asleep on me — and every beat
of its deep heart resounds inside my body
like falling fruit. . .

Marsias:

. . .abysmal nuptials. . .

13

THE SOUL AND THE PUPPET

Marsias' soul
descended like an oblique wing enraptured in a flight whose splendors the nocturnal mountain ridges gathered together in their shining mirrors of black ice — faces of adamantine lances peopling a sky where the winter of stars was perishing, while in the mythical groves below. the final storm was hunddled under a shield of rain.

The soul descended,
a sickle and falcon-crescent
of the distances it penetrated as if they were the flowing hair of nubile girls with the dream poppy on their lips. It brushed against the body of a night which, stretched headlong on the gelid whiteness of the world and silence, foretold the red-breasted canticle of metamorphosis — purification rites, meteors, solar maternal waters, gentle breezes boarding the pure promontories, wheat angels, messianic trees of the future, cyclic saps and bloods. This is a Night that does not live in Destiny but throbs in existence, clinging to the bough where hangs the happiness of fruits before their imminent fall — a Night spattered with the interjections of a wave cleaved through by triumphant prows of light — the Threshold crossed by all things in decline, leaving behind on the cold stone the offering of the impossible return, together with dreams, that will accumulate among the harvests of the real.

Gently the soul fell at the feet of Night
who lifted its crowned head and, parting the braided forest of hair that covered half its dune-face, looked at it, smiling.

"Farther on," the soft voice ordered. "But first drink."

And the red soul
drank from the spring, under the shadow of the arched legs of Night, until its fire, pacified, changed slowly into light and took to its breast the tears of the Immense One, drowsy now and saying once again: "Farther on. . ."

Erect
it forded the River, over a sound of eternities. . .

And on the other shore it followed the poplar road of nostalgia and reached the Valley of Birches where long ago its innocent eyes had seen at the fountain the tall unmoving woman clutching the sickle of Sorrow. . . And while the heavens were still paying wages of stars to the dark leaves, the soul passed through calm images in a sonorous wind — rain-filled corollas, the wheat sheaves of creation, wind huddled under the splendor of sunflowers, haystacks, windows, hammers of yearning, a dove on a girl's thigh, the sun's revolt in mirrors free of ecstasy — and

beyond the bypath of sea urchins, it came upon the dead child of the inviolable smile, who quietly accompanied it, with bleeding feet. . .

Why go beyond the darkened lighthouse? The child knew nothing of fidelity to the shadow that made the closed-in stillness of the gigantic beacon so invulnerable — the beacon that had ceased to throw its luminous arms to space, out there encircled by the sightless flying of the birds of years. . .

The soul looked at the child's face and recognized the tear stains which had flowered on its own cheeks when the looms were silent and dusk was dying on the wings of sudden bats, there in the soul's outskirts, in the long-gone days of its heart, where now it was returning under the sign of the New Star, and

it sank into the muddy Lane of the Century where sewers yawned and a street lamp slashed at the frozen cats of shadows.

And suddenly in the bend of its homesickness:
the breathing, sound and colored light bulbs of the carrousel of *Eternal Return* — the fair a seated leper between the lamentable wall and the darkened railroad station in a setting of dusty acacias — the One-eyed Giant loading shotguns of laughter with leaden tears and firing at empty eggs, the cheap paper cornucopias of poverty, the Strong Man's hammer blows turning on a little red light high above, the industrial night lying

down among the chimneys like an idiot devouring a lily, and the small theater where

the
puppet
was hanging
by a motionless
thread...

"Farther on!"
echoed the little nasal voice.

Red blouse,
black cap,
staring eyes,
long legs,
drooping arms;
how he dangles
from the invisible
Hand:
the tug
from above —
the puppet
known as
Ecce Homo...!

He raises an arm and cries: "Farther onnnnn...!"
He raises the other and screams: "Ay! Ay! Ay!"

Ecce Homo
leaps,
thrown from the dim stage to the ground where for several instants he is entangled and still, until the thread beginning in the middle of his out-of-proportion body — the mysterious dwelling place of his dancing spirit — gives the order of ascent, simultaneously with the voice that jerks him up like a sudden chaos, wrests him from the law of his starless inertia, and hurls him to the terror of his grotesque aerial swaying, to the spasmodic balance of his equilibrium... Does the irresistible attraction running through him and lifting him off the ground stem from a shadow or from a god? And the voice, is it for rootless play that it creates the open space around him? Or else is it transforming him into the athlete of rising pain between the figures of Love and Death waiting for him in the darkness?

Ecce
dances

leaning toward the side where his heart is, first in the arc scaled by his impetus, and then modeling the curve of his heaviness, creating

the scorpion
of his motion. . .

Ecce
dances
and is born. . .

Wheels and steps
Tears and banners
Gray multitudes
Yokes of hours
Strikes of wings
Men Men Men
Blinded sun
Putrid moon
Coins and lashes
Where are the lark
The white horse
And the immortelle?
Hands Hands Hands
Fairies of bread
Die on the winds
The trains of mourning
Go through
Long tunnels
Of crowns
Walls Walls Walls
Hands
Wars

ECCE

grows huge. . .

Marsias, in back of him, is listening to a hymn of strings
stretched on a lyre of purple sails and rigging,
the flight of sagas in the tempests' wakes
and epic towropes on nocturnal sands.
And in the sonorous air some day to be the bed
in which the sun messiah will be born,
he understands the winged sign that seeks the throat
where the voice of a new Homer will awaken. . .

Farther away than space and time, he sees the golden bays
where peace is shepherding its flocks of sails,
pure watchtowers of man's glory,
the vineyards where the grapes of spirit hang...
What a sybil's song the whistle of keels!
The saline gods arise! New races are engendered
under the assent of the dipping prows,
and zephir laughter swathes the torches...

Now on the ground,
thread broken, child of his weight no longer dancing, center gone, held only
by the wind,
Ecce moves on,
deprived of destiny,
deaf to the willow
and river...

Capital of Affliction,
so vulnerable without the wall of Song! Oh Calvaries of mist, waste lands of coal, and avenues with trees in rigid rows resembling the firing squads of an infinite execution...! Ecce is running. His shadow goes before him. And the end of night comes lurching like a tipsy harlot wearing a ragged overcoat of moon slugs... Oh hangars of contemplation housing nests of bells, a hostelry for shadows of Nothing that snore on the plain benches! In a show window a lamp is on its knees next to the quartered manikin called Life. And high above, the bridge, the bridge! How many people wait, invisible, for the eternal elevator of the kiss? Oh solitary wharves and their somber derricks, like sleeping ibises, beside the stagnant waters! With torn flags standing upright, the final train of bloody corpses climbs. Ecce falls, and History kisses him on the lips... A throbbing of stars: Time! The shaking bridge, cables of force, arch of the spirit! A dog shakes his coat free of shadows, barks briefly, and pisses on the moon decaying in a puddle...

A great mouldy mouth is muttering:

"Oh Lord
of words and of spun tears
Oh Lord
who doth console us for our mute bones

—*No*

Oh Lord
who multiplieth the torments and judges
Oh Lord
on whose breast the glacial armies sleep

—No No

Oh Lord
who openeth for us thy gentle radar eyes
and thy angelic airdrome hands

—No No No

Oh Lord
on whose lips the decrepid thunder died

—Yes

Oh Lord
of our well-cushioned fear,
of our money bristling with chimneys,
of our snail-covered laws,
of our blood full of bats,
of our peace of rotted harps:
save us
from the sun,
preserve our beds of fat amens,
do not wrench
from our tongues the oxen of Eternity. . ."

—No No No No No No No No No Death
—Yes Yes Yes Yes Yes Yes Yes Yes Yes Birth

A young girl sings:

The Night is carried off
in red stretchers.
A flowered train arrives
at Sunrise Station. . .

Lively Ecce on the bridge
with Argos following. . .
The sky is shedding blood!

The blue air rings
with the ting-a-ling
of a bell on
a lurching buoy...
A seagull perches
on Ecce's shoulder,
its wings outspread.
The dog runs after him,
tail raised
and joyful...

Marsias enters the sun!

14

CHORUS

He who sings deeply
fears not the word's old age
nor is a shadow bowed
before the stalactites
that weep, slow-dripping,
the immortelles of dreams,
the linen of a long dead past,
and the image of niter.
Whoever makes his blood a song
raises a flight of falcons,
winnows the sun's laughter,
and kisses man's soul.

I want a voice that crackles
in the word's broom patch,
a copper-distaff voice
able to spin the memory
of ancient mountain ranges,
and a fleece of odysseys
on which the hammer sounds;
a voice of galloping and reins
over the murky farmlands,
the sound that comes rolling
down mythical hillsides —
patrimony of the god
and of the corner blind man;
the vernal cry that summons
communities of roving statues,

the hymn that sings to the earth
with sweet and liquid throats.
I want the voice that fashions me,
the voice I won by putting
an oxen stubbornness
into my furrow,
paying to all my nights
a wage of arduous stars.
I know one must sing naked
and crowned with grass blades
so dawn may raise
its unscathed-goddess torso,
and keen light scale
the girlhood of its snows.
And so, a lustral witness
in the turrets of my time,
sealed by the seagull
in this my hour of stasimon,
I'll give the waves my voice —
changed into women
they break their wide salt hips
against gray rocks.
Go forward, words of mine
made pure by action;
sing light verses
and be, in the like-minded sand,
my choreutas set afire!
Now blind Adila waits
for her apotheosis in the surf,
and Marsias grows impatient
on the threshold of his orbit. . .

A wandering-moon mother,
Adila of the hesitating step,
the winds have sheltered you.
Murmurs of hanging waters
and tinkling cattle bells
have been your guides.
And during nights of agony,
remote from your companions
and nearer to your child,
you sensed gigantic angels
descending from the mountain,
the great and humble winds
that, with their starry wings,

made you a cabin
and turned their breaths
into the vapor of the sleeping ox
to drive away the cold.

Flight-weary mother
among the blooms and bramble,
among the birds and marsh grass,
among the stones and eagles,
the glaciers loved you,
the bridges contemplated you
with their defeated eyes,
and the cry of does
was an augury of exiles.

With Marsias' companions,
his three loyal comrades,
you came down from the hills —
from sheepcotes of mist
and lacustrine shields,
from chains of icy ledges
and rocky-shoulder lichen.
Your coming was protected
— stone body borne on air,
and weariness high-hoisted —
by fistfuls of black gunpowder,
in the midst of soldiers' sweat
and the fragrance of young hemlock,
dappled with greenish light
and with Pyrenean trills.

You came down from the uplands,
from winged timbers
and forestal stars
to the night of olive trees
beside the sea where slept
the boat of hope
under whose swollen sail
your agony awaited you,
your death in the full moon
that sank in the West...

I do not rend my voice here
for the dead one on the sea,

for my telluric Adila.
Rather than sing, I tell;
and neither scream nor sob
are shepherds of words.
I want to end this saga
with every string of my
great instrument intact,
but in its notes I let
a tremor denounce my soul
and a tear shine on
this stanza I intone.

She died on the wet plank,
I will say simply,
under the snapping of sail
amid the rhythmic chatter
of sisterly waves.
Her face was made of tin
turned to the gunwales;
fingers of frosty salt
unfastened her long tresses
and over her two feet
lay the mast-flower shadow.
Alberto at the tiller
was a dejected sobbing;
Pedro was coiling endlessly
the very same cable.
Leaning against the mast
Ramon observed Adila
as the child, in slumber,
lay smiling in his arms.

At dawn Adila floated
wrapped in a reiterated
shroud of white seafoam. . .

From the sea's heart where
it waited, irridescent
as a driven knife
of stars and frozen flame,
the dreaming soul of Marsias
ascends to other coldnesses,
surmounting a weight of statues
with the stubborn zeal of final

wheat, of the nostalgic root...
Swiftly cleaving heavy clouds
of drowsy schools of fish,
it hoists itself by long-drawn ropes
of bluish phosphorescence,
heedless of the totemic eyes
that shine out of the ooze,
or of the vegetal andantes
that try to capture it
by opening fan lightning.
Like a meteoric bird
in its sunrise ascent,
it reaches the white scaffolds
of the urns of light
where it can be adorned
in burning nuptial pollen...

Adila floats on the sea,
her wake of trailing hair
spread on the water's surface
like a refulgent trophy.
Marsias, lying beside her,
changes his gold to living light,
a solar form that tapers
in smouldering metamorphosis.

On distant shores
the naked Mediterraniads
wave olive branches...

Now that they died
they have been born,
I say of Adila and Marsias
from my lighted tower.
They multiply on lips;
the wind, from foliage to spirit,
persists in their two names
through unencumbered spaces
and secret crevices.
My heart assembles them
to a sound of rain-washed stone,
to the cadence of an iron wing,
to a light from a thorn-rimmed star.
And even if the sign of the beast
burns on craggy shoulders,

both come for everyone —
Marsias with the hiss of flame
and Adila with the blue-toned
swallow of return...

III-14-1962

INDEX

Se acabó de imprimir el número 4 de EL CORNO EMPLUMADO el día 1º de octubre de 1962, en los talleres de EDIMEX, S. DE R. L., calle Andrómaco, 1. México, D. F.

La edición, que consta de 2 000 ejemplares, estuvo al cuidado del autor y de los editores.

Se tiraron 20 ejemplares extras en papel Fiesta, numerados del I al XX y firmados por el autor, para suscripciones especiales.

EL CORNO EMPLUMADO

anuncia que su número 5

(1o. de enero)

contendrá:

panoramas de la poesía actual de Uruguay, Argentina y Ecuador, homenaje al recientemente desaparecido poeta e. e. cummings, brillante ensayo de la antropóloga Laurette Séjourné con numerosas reproducciones de los códices precortesianos, y los poemas que están escribiendo hoy: Manuel José Arce, Juan Bañuelos, Carol Bergè, Jackson Mac Low, Miguel Grinberg, Cid Corman, Vicente Alverde, Arturo Calderón, Jaime Augusto Shelley y muchos más.

THE PLUMED HORN

announces that its number 5

(January 1st)

will include:

exciting anthologies of the poetry of today in Uruguay, Argentina and Ecuador, memorial to e. e. cummings, Anselm Hollo's translations of Rainer Gerhardt and Hans Magnus Enzensberger, Clayton Eshleman's Neruda poems, numerous drawings from the precolumbian codices accompanied by an article by Mexico's visionary anthropologist Laurette Séjourné, along with today's poetry being written by Carol Bergè, Jackson Mac Low, Cid Corman Philip Lamantia, Seymour Faust, John Tagliabue, Jack Marshall, David Ossman, Marvin Bell, John William Corrington, Phillis Yampolsky and many many others.

E S T A M O S
H A R T O S

del griterío artificial e histérico del llamado mundo artístico,

con sus placeres adulterados, con la nueva presencia de sus

snobs y pánicos, y con sus cornos emplumados.

en nombre de

LOS HARTOS

José Luis Cuevas
Pedro Friedeberg
y
Mathias Goeritz

"Ya somos hartos los que estamos hartos"

PATROCINADORES PATRONS

Carol Bergè, New York City

Mark di Suvero, New York City

Olga Roth, Ciudad de México

Secretaría Privada de la Presidencia de la República, Ciudad de México

Laurette Séjourné, Ciudad de México

Dr. Kurt Stavenhagen y Sra., Ciudad de México

Ing. Arnoldo Semadeni, Ciudad de México

Diane Wakoski, New York City

4

$12.50 m. n. / $1 U.S.